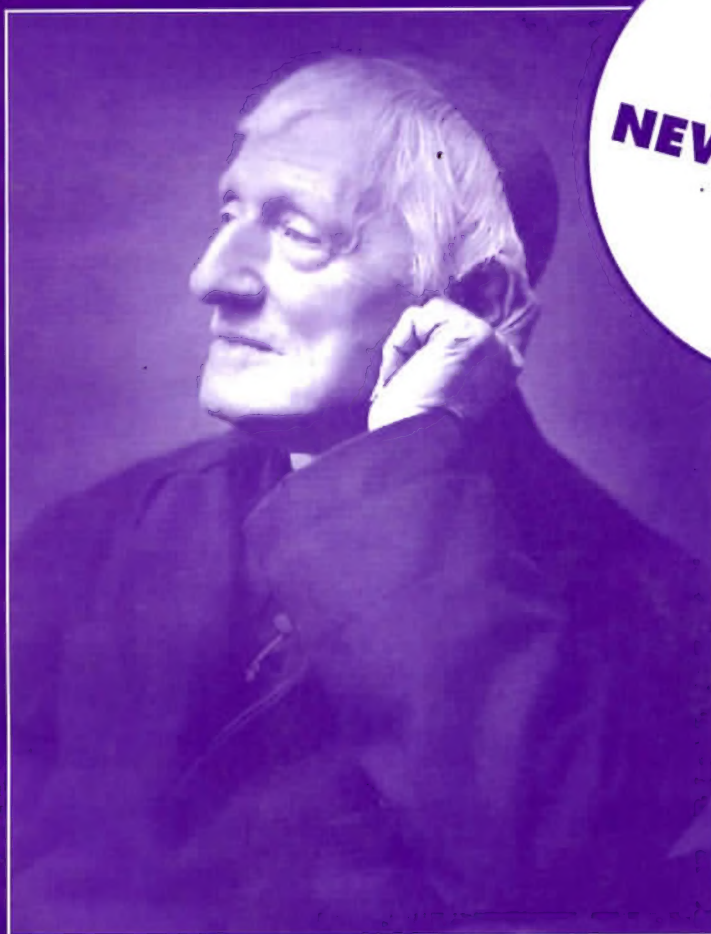


NEWMANIANA

AÑO V - NUMERO 16

DICIEMBRE 1995



**AÑO
JUBILAR
NEWMANIANO
1995**

Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de AMIGOS DE NEWMAN en la Argentina

**UN BANCO
QUE SE PREOCUPA
POR EL
DESARROLLO
DEL PAIS ES
ALGO MAS QUE
UN BANCO.**



BANCO DE BOSTON

NEWMANIANA



Año V - N° 16
Diciembre 1995

Director

Pbro. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne

Sra. María Teresa Richards de Riva Posse

Lic. Pablo Augusto Marini

NEWMANIANA

(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la

Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Av. Liniers 1560 (1648) Tigre - Pcia. de

Buenos Aires - República Argentina

Producción Gráfica: Editorial Mundo Técnico S.R.L.

Pichincha 1572 - Tel.: 308-1340 / 1459

Sumario

Editorial

Argentina presente

en Oxford 2

Informe de "Amigos de Newman"
en Argentina

Textos

Newman y

la conversión 11

Introducción

P. Fernando M. Cavaller

Textos de Newman

sobre "conversión" 14

Selección

P. Fernando M. Cavaller

Conferencias

Algunas conversas

de Newman 29

por Joyce Sugg

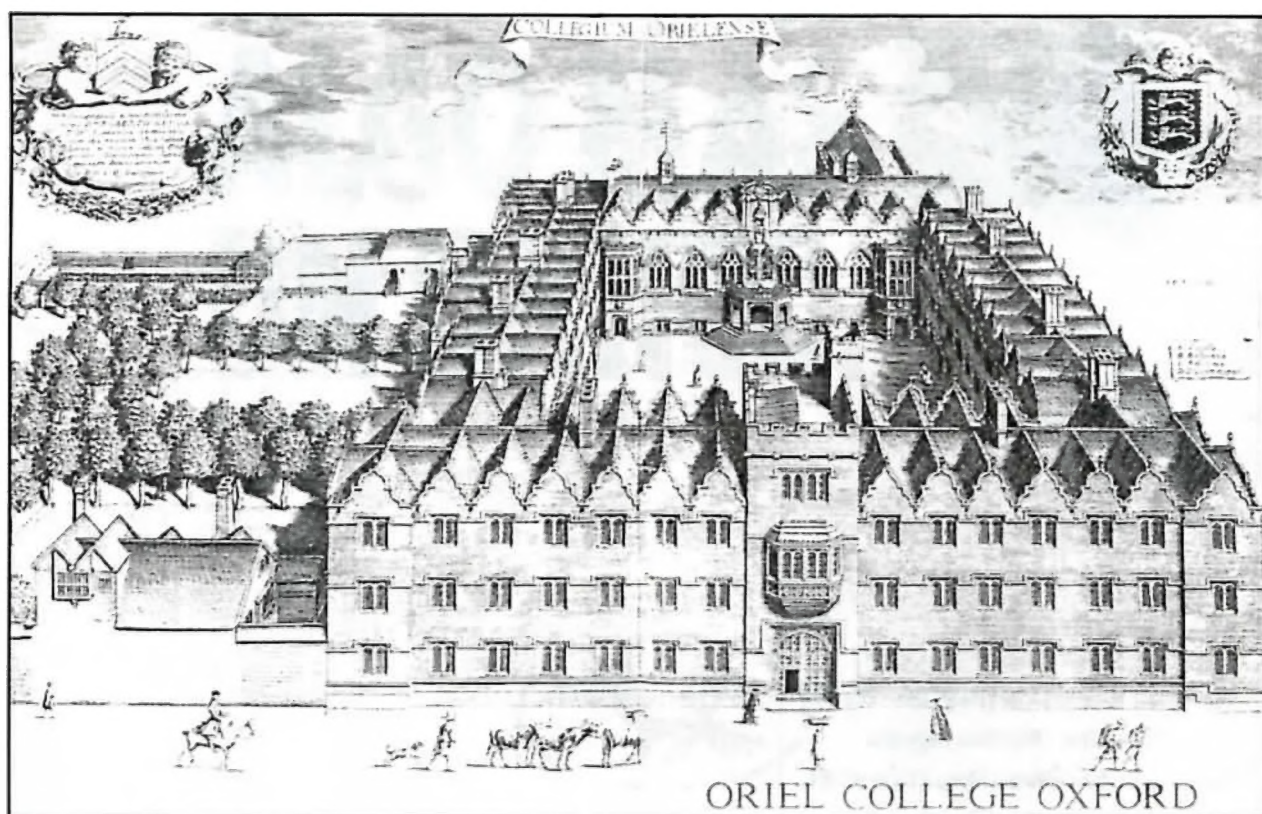
Traducción

Inés de Cassagne

EDITORIAL

Argentina presente en Oxford

Como habíamos anunciado en el número anterior de Newmaniana, un grupo de "Amigos de Newman" argentinos fuimos a Oxford para participar en la "International Newman Conference", organizada allí para conmemorar el 150º aniversario de la conversión de Newman al catolicismo. Las celebraciones culminaron en octubre con un triduo.



Antiguo grabado del Oriel, donde Newman fue "fellow" desde 1822 a 1845. SEDE DEL CONGRESO.



7 de agosto:
El P. Cavaller
es invitado a
presidir la
Santa Misa
en el jardín
de la casa de
Littlemore,
donde Newman
se convirtió en
1845.

Fuimos alojados en el Oriel College, fundado por el rey Eduardo II en 1326, bajo la dirección de Adam de Brome, que también tenía a cargo la Rectoría de la Iglesia St. Mary the Virgin, por lo cual el College también ha llevado siempre el nombre oficial "The House of the Blessed Mary the Virgin in Oxford" (Casa de la Bendita Virgen María de Oxford). Oriel es un sobrenombre que le viene de la compra de unas tierras adyacentes llamadas "Le Oriel". También se conoció por algunas centurias como "King's College" (Colegio Real), a causa de su fundación real.

Se estudiaba allí Teología y Filosofía, y era autónomo, bajo el control del Obispo de Lincoln,

y corporativo, integrado por los "fellows", miembros, todos graduados. Recién a finales del siglo XVI ingresaron estudiantes no graduados, y el número de residentes creció enormemente, pero a pesar de esto, el College permaneció siendo un pequeño cuerpo hasta el siglo XIX, Newman ingresó a él en calidad de "fellow", en 1822, cargo al que renunció el 3 de octubre de 1845, seis días antes de su conversión.

Este fue el ámbito de la conferencia, de modo que no sólo se habló de Newman, sino que caminamos por los claustros y jardines, desayunamos, almorzamos y cenamos en el gran comedor donde él lo hacía, y rezamos en la Capilla que fue el lugar de su propia oración.



Interior de St. Mary the Virgin en Oxford, y el famoso púlpito de Newman.



La Delegación argentina en la casa de Littlemore (The College) donde Newman vivió desde 1841 hasta 1845, año de su conversión.

El Congreso comenzó con la celebración de la Misa, el día 6 de agosto, en la Capilla del Trinity College, donde Newman cursó sus estudios. Debido a la ausencia del cardenal William Baum, que se encontraba enfermo, presidió la Misa el Abad benedictino de Ampleforth. El número de participantes del Congreso fue de ciento cuarenta, de los cuales, cincuenta eran sacerdotes, cinco religiosas, y laicos los demás, profesores varones y mujeres de distintas universidades. La procedencia fue universal: Inglaterra, Irlanda, Francia, España, Italia, Alemania, Austria, Bélgica, Estados Unidos, Canadá, Israel, Polonia, Hungría, Australia, Japón y Argentina.

Ese mismo día 6 de agosto, después de un refrigerio en los jardines del Oriel College, tuvo

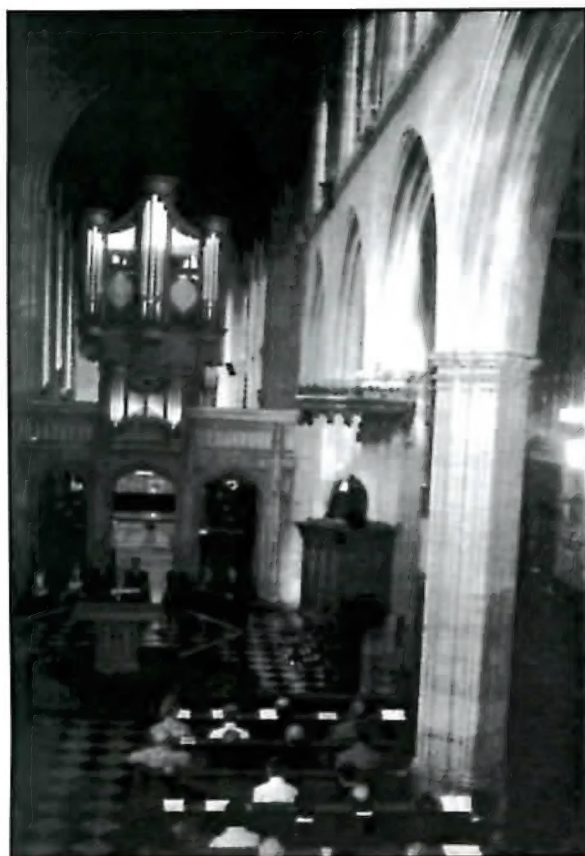
lugar la cena e inmediatamente la conferencia de apertura a cargo del padre Richard Neuhaus (USA), converso del luteranismo, sobre "Conversión como retractación y cumplimiento".

Al día siguiente, lunes 7, hubo tres conferencias por la mañana: la de Geoffrey Rowell (anglicano) sobre "Un panorama se ha abierto ante mí...", la de Sheridan Gilley (profesor de Teología en la Universidad de Durham) sobre "Newman y la mente del converso", y la del R.P. Aidan Nichols (dominico de Cambridge) sobre "El ensayo sobre el desarrollo en perspectiva Balthasariana".

Por la tarde fuimos todos a Littlemore, donde visitamos la iglesia que Newman construyó, y la casa (The College) donde vivió los

Una de las 40 conferencias del Congreso. (Prof. Sheridan Gilley, de la Univ. de Durham. Sentados el P. Michael Barber y el P. Ian Ker, organizadores del Congreso y el Rdo. Geoffrey Rowell, anglicano).





11 de agosto: Por la tarde Liturgia especial en St. Mary de Oxford, donde fue leído, desde el púlpito que Newman usó durante 18 años, uno de sus sermones.

cuatro años anteriores a su conversión. En el jardín de la misma tuvo lugar la celebración de la Misa, que presidió el P. Fernando M. Cavaller, invitado especialmente por el P. Michael Barber, uno de los organizadores del Congreso. Este fue, sin duda, un inesperado don para nuestra delegación argentina, ya que esa fue la única Misa celebrada en el mismo lugar donde Newman se convirtió. El sermón estuvo a cargo del R.P. Brian Daley S.J. (USA).

Por la noche, después de la cena en el Oriel, tuvo lugar la conferencia del Dr. William Oddie (Oxford) sobre "Newman y el imperativo romano".

El martes 8 se sucedieron tres conferencias por la mañana: Stephen Prickett (Profesor de Literatura en Glasgow, presbiteriano), habló sobre "Revolución internalizada: Newman y la idea romántica de la conversión". Luego, Alan Hill (del Departamento de Inglés del Royal Holloway & New College de Egham, Surrey) expuso sobre "La 'reforma apropiada', propósitos

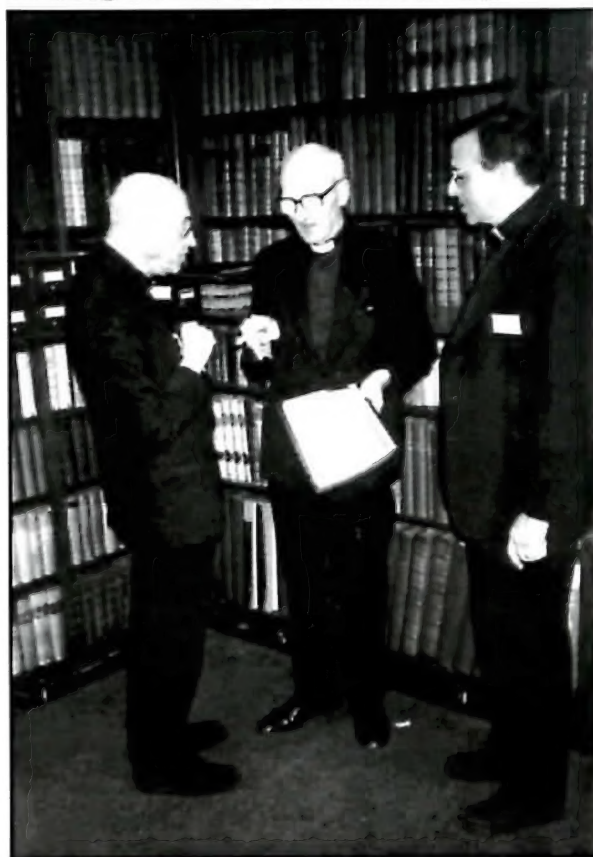
de Newman y su arte como novelista". En tercer término habló el padre Ian Ker (Oxford, uno de los dos responsables del congreso), sobre "El descubrimiento de Newman del catolicismo".

Por la tarde tuvo lugar la conferencia del Rdo. John Macquarrie (Oxford) sobre "Newman y Kierkegård respecto al asentimiento".

Luego celebramos la Misa en la Capilla del Oriel College, la primera allí. Hay que decir que hemos experimentado una alegría especial al poder celebrar Misa Católica en esta capilla, así como en la del Trinity College, ya que desde hace cuatro siglos han sido lugares de culto exclusivamente anglicano. Parece ser que desde hace algún tiempo, y para ocasiones especiales, se ha celebrado Misa en estas capillas. Predicó el R.P. Daniel Huang S.J. (Washington, USA).

El miércoles 9 escuchamos las conferencias del R.P. Cyrill Barret S.J. (Campio Hall, Oxford)

11 de agosto: En la biblioteca del Oratorio, el P. Cavaller hace entrega al P. Gregory Winterton (en el centro) de las 1.000 firmas argentinas pidiendo al Santo Padre la beatificación del Cardenal Newman, (en la foto, a la izquierda el P. Bertrand de Margerie S.J., newmanista francés).





**11 de agosto por la mañana.
Visita a la tumba del Cardenal Newman en Rednal, Birmingham.**

sobre "Newman, ¿precursor de Wittgenstein?", del R.P. Jean Robert Armogathe (Francia) sobre "La conversión de Newman, otro punto de vista", y del Prof. V.A. McClelland (Universidad de Hull) sobre "Religio viatoris: Newman, Manning y el camino a Roma".

Por la tarde comenzaron los "short papers" (breves exposiciones), en forma simultánea: Mr. Ronald Begley (Vermont, USA) sobre "Metáforas, analogías y simbolismo tipológico en la 'Apología pro vita sua' "; Mr. Harvey Hill (Atlanta, USA) sobre "Newman y la historia: tradición apostólica y desarrollo católico"; Mrs. Beate Englel-Doyle (Alemania) sobre "La fábrica de moral y formación mental como correlativos del proceso de conversión en 'Loss & Gain & Callista' "; Mr. Ramón Luzárraga (Wisconsin, USA) sobre "Eclesiología: una dimensión necesaria para la conversión"; R.P. William Kelly (St. Louis, USA) sobre "La conversión de Newman como parte de la providencia de Dios"; Miss Joice Sugg (Salisbury, USA) sobre "Algunas conversas de Newman"; R.P. James Reidy (Minnesota, USA) sobre "Sermones de un converso reciente: 'Discourses to Mixed Congregations' "; R.P. Joseph Vanden Busche (Bélgica, pasionista) sobre "El padre Domenico Barberi y su relación con Newman".

La Misa se celebró en la Capilla del Oriel y el sermón estuvo a cargo del padre James Conley (Wichita, USA). como el martes 8, después de la cena hubo tiempo libre.

El jueves 10 tuvieron lugar por la mañana las conferencias del R.P. Avery Dulles S.J. (Bronx, USA) sobre "Newman y la anatomía de

la conversión", del Dr. Terrence Merrigan (Universidad de Lovaina, Bélgica) sobre "Antropología de la conversión: Newman y la Teología contemporánea de las religiones"; y los "short papers" de Pawel Kloczowsky (Cracovia, Polonia) sobre "La conversión y el problema de la retórica", del Prof. Don J. Briel (Minnesota, USA) sobre "Newman e Isaac Williams", del Padre James Hannan (Brooklyn, USA) sobre "Loss and Gain: el camino de Newman hacia el descubrimiento y la creación de un nuevo yo", del padre Günter Biemer (Friburgo, Alemania) sobre "La influencia de Newman en Teodoro Haecker, en su conversión y vida", del R.P. William Kelly S.J. (Wisconsin, USA) sobre "Conversión religiosa e intelecto cristiano", del R.P. Edward Ondrako (Ithaca, USA) sobre "La pacífica confianza en la verdad a paso lento: Newman, Apologética y evangelización contemporánea".

Por la tarde hubo visitas guiadas al Trinity College y luego más "short papers": hablaron el Dr. Kenneth Parker (Missouri, USA) sobre "La cambiante visión de la historia de John Henry Newman: una clave para su conversión", el Dr. Gerard Magill (Missouri, USA) sobre "Verdad doctrinal y salvación personal: la influencia ética de la primitiva Iglesia en la conversión de Newman", el R.P. Peter Milward S.J. (Tolío, Japón) sobre "Raíces isabelinas en la conversión de Newman", el Dr. David Ernest (Kentucky, USA) sobre "Los 'University Sermons' como autobiografía de Newman", el Dr. Charles Talar (Greenwich, USA) sobre "La otra cara de la conversión: Newman y Loisy", el R.P. Stephen Fields (Washington, USA) sobre "La Via Media reconstitui-



Después de una de las conferencias.

da", el R.P. Bertrand de Margerie (Francia) sobre "Newman y la conversión de San Pablo", Mr. David Stevens (Leicester, Inglaterra) sobre "Los rostros sonrientes angélicos: Observaciones sobre la experiencia de la conversión como llegar al hogar", la Dra. Katherine Parisi (New Jersey, USA) sobre "Newman y el liberalismo" y Mr. Jay Hammond (St. Louis, USA) sobre "Hermenéutica de Newman: Un análisis del contexto de su conversión intelectual".

La Misa fue celebrada en la Capilla del Oriel y predicó el R.P. Michael Barber S.J.

El viernes 11 de agosto se conmemoró el aniversario de la muerte de Newman. Tuvimos Misa a las 7.30 horas, por la mañana, en la Capilla del Oriel, y luego del desayuno, partimos en micros para Birmingham. Allí visitamos el Oratorio, la biblioteca y las habitaciones de Newman. Luego hubo una conferencia a cargo de Gerard Magill, en vez del R.P. Vincent Blehl S.J., que se encontraba indispuesto por enfermedad. Luego del almuerzo visitamos Rednal, donde está la tumba de Newman y rezamos allí.

Volvimos a Oxford y a las 18.00 tuvo lugar una Paraliturgia en la Iglesia St. Mary the Virgin, donde Newman fue Vicario y predicó sus Plain and Parochial Sermons: se escuchó un coro que interpretó varias músicas sacras, entre ellas "Lead Kingly Light", una lectura bíblica, y el

Oratorio de Oxford donde tuvo lugar la Misa solemne del 8 de octubre por la mañana.



Noche del
8 de octubre.
Procesión desde
Oxford a
Littlemore
(5 km).



R.P. Anthony Meredith S.J. (Oxford) leyó un sermón que Newman predicó allí mismo el 9 de junio de 1939: "El pensamiento de Dios, sostén del alma". Lo leyó como Newman, desde el púlpito. Fue emocionante, pues daba la impresión de estar escuchando al mismo Newman. Todo terminó con la música de la "Marcha cardenalicia" compuesta por Joseph Short en 1880 como agradecimiento por la elevación de Newman al Colegio de Cardenales.

Tuvo lugar después la cena final en el Hall del Oriel, y a los postres disertó el otrora Obispo anglicano de Londres, ahora converso y sacerdote católico padre Graham Leonard. El título de su conferencia fue "Ave, ataque, vale", todo un símbolo de la conversión de Newman y de la suya propia, de la que nos dio un admirable testimonio personal.

El sábado celebramos Misa a las 7.30 de la mañana y después del desayuno todos fuimos partiendo. El Congreso había terminado.

No se podría en breves líneas resumir la importancia del mismo. Además del interés de su contenido, dado por el nivel de sus expositores, cabe remarcar el fruto magnífico que ha significado poder conocerse mutuamente y establecer una amistad más estable, y la posibilidad de un intercambio de nuestros trabajos newmanianos en el futuro. No hay duda que lo más profundo ha sido haber rezado juntos y celebrado la Eucaristía cada día, en unión de corazones con Newman.

Durante la visita a Birmingham, el padre Cavaller entregó al padre Gregory Winterton del Oratorio las 1.000 firmas recogidas en la Argentina para pedir la beatificación de Newman, en-

tre las que se encuentran las de su Emcia. el Cardenal Antonio Quarracino, Su Excia. el Arzobispo de La Plata Mons. Carlos Galán, Su Excia. el Obispo de San Isidro Mons. Jorge Casaretto, Su Excia. el Obispo Auxiliar de Buenos Aires Mons. Héctor Aguer, más de cuarenta sacerdotes, religiosos y religiosas y laicos. Esto constituyó una alegría para nosotros y una notoria impresión para todos, especialmente para los que trabajan en la postulación de la causa. Hablando con el Postulador R.P. Vincent Blehl S.J., nos dijo que era importante reunir todos los esfuerzos y sobre todo orar para la pronta beatificación, ya que es condición necesaria la comprobación de un milagro por intercesión de Newman.

La segunda parte de las celebraciones fue el 7, 8 y 9 de octubre. El día 7 se celebró la Misa en Littlemore, en la iglesia católica contigua a la casa donde Newman se convirtió, y que está bajo la advocación del Beato Doménico Barberi. Al final se descubrió una escultura sobre uno de los muros interiores de la misma, realizada por la nuera del gran escritor inglés J.R.R. Tolkien, que representa a Newman de rodillas en el momento de entrar el padre Barberi a la casa, aquella noche del 8 de octubre de 1845. El padre Barberi está de pie con gesto de recibir y Newman de suplicar ser recibido en la Iglesia, mientras se ve en medio el fuego de la chimenea que ardía en aquella fría y lluviosa noche.

Por la noche hubo una cena en la casa de las Hermanas de "The Work", la institución reli-



9 de octubre. Misa solemne en el Oratorio de Birmingham, donde Newman vivió desde 1846 hasta 1890.

giosa que tiene a cargo la casa de Newman y que es ciertamente la que más ha trabajado en los últimos años por difundir la obra del Cardenal, desde Littlemore, Roma y Austria, a través del "International Centre of Newman Friends".

Después de la cena, hubo un concierto en la biblioteca a cargo de Diane Kacic (piano), Rose-na East (violín) y Pauline Del Mar (violoncelo) quienes interpretaron la Sonata KV 454 para violín y piano de Mozart, la Sonata Op. 102 N° 2 para violoncelo y piano de Beethoven y el Trío para piano, violín y violoncelo Hob XV, 25 de Haydn.

Entre estas interpretaciones, pudimos escuchar dos conferencias a cargo de los dos Obispos presentes: la primera de Mons. Dr. Klaus Dick, Obispo auxiliar de Colonia (Alemania) sobre "Newman como pastor", y la segunda de Mons. Dr. Philip Boyce O.C.D., recientemente consagrado Obispo en Irlanda por Mons. Jorge Mejía,

sobre "La recepción de Newman en la Iglesia Católica y su permanente relevancia".

El domingo 8 de octubre se celebró una solemne Misa en la Iglesia San Aloisio en Oxford, sede del Oratorio, con la presencia de los dos obispos mencionados, varios sacerdotes y la iglesia colmada de fieles. Tuvo a cargo la predicción el padre Gregory Winterton del Oratorio de Birmingham. Por la noche, a las 20.30, comenzó desde esta iglesia la peregrinación a pie desde Oxford hasta Littlemore (5 Km) con candelas encendidas, pasando por todos los sitios que tuvieron que ver con la vida de Newman. Al arribar a Littlemore se expuso el Santísimo Sacramento en la iglesia Beato Barberi, y luego de una hora de adoración fue llevado en procesión hasta la casa de Newman, en cuya capillita, donde Newman recibió la primera comunión de manos de Barberi, quedó para la oración por turnos de los que allí nos habíamos congregado.

Así revivimos aquella noche del 8 de octubre de 1845. Ante el Santísimo y en aquel lugar lleno de significación pedimos por todos los Amigos de Newman en la Argentina y por sus intenciones, recordando de modo particular a los enfermos y a los bienhechores. Era una magnífica noche de luna llena, templada y calma.

Al día siguiente, 9 de octubre, fuimos a Birmingham por la tarde, donde se celebró una Misa Solemne con la presencia de tres obispos, varios sacerdotes y muchísimos fieles. La homilía estuvo a cargo del padre Paul Chavasse, Provost del Oratorio. Luego hubo un ágape con el cual se dieron por terminadas las celebraciones del Triduo en torno al aniversario.

Es, sin duda, un compromiso grande haber

estado presentes en estas circunstancias, pues han aumentado considerablemente nuestras relaciones con el mundo newmaniano, y porque hemos vuelto con la certeza que ya teníamos, pero que se ha robustecido, de la importancia, y aún urgencia, de difundir y profundizar el pensamiento de Newman. En un mundo donde lo que se ha difundido más es la cultura relativista y el subjetivismo religioso, la figura del Venerable John Henry Newman es un testimonio que puede guiar a muchos nuevamente hacia el camino que conduce a la Verdad, que es Cristo y Su Iglesia.

Saludamos a todos los Amigos de Newman en la Argentina, a quienes hemos representado en Inglaterra, y les deseamos una Feliz Navidad.

Cuando esta publicación llegue a Uds., ya habrá tenido lugar el VI° ENCUENTRO NEWMANIANO, el 15 de noviembre, en el Auditorio del Colegio Cardenal Newman, donde la delegación contará lo vivido y tratará de resumir lo escuchado.

Trataremos de publicar, en los números del año entrante, algunas de las conferencias del Congreso en Oxford, que aún no han sido impresas por sus organizadores.

Cualquier gracia obtenida a través de la intercesión de Newman, por favor, remitirla a nosotros, e inmediatamente la pondremos en conocimiento del Postulador de la Causa.



ORACION *Por la beatificación del Cardenal Newman*

*Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia.
Amén.*

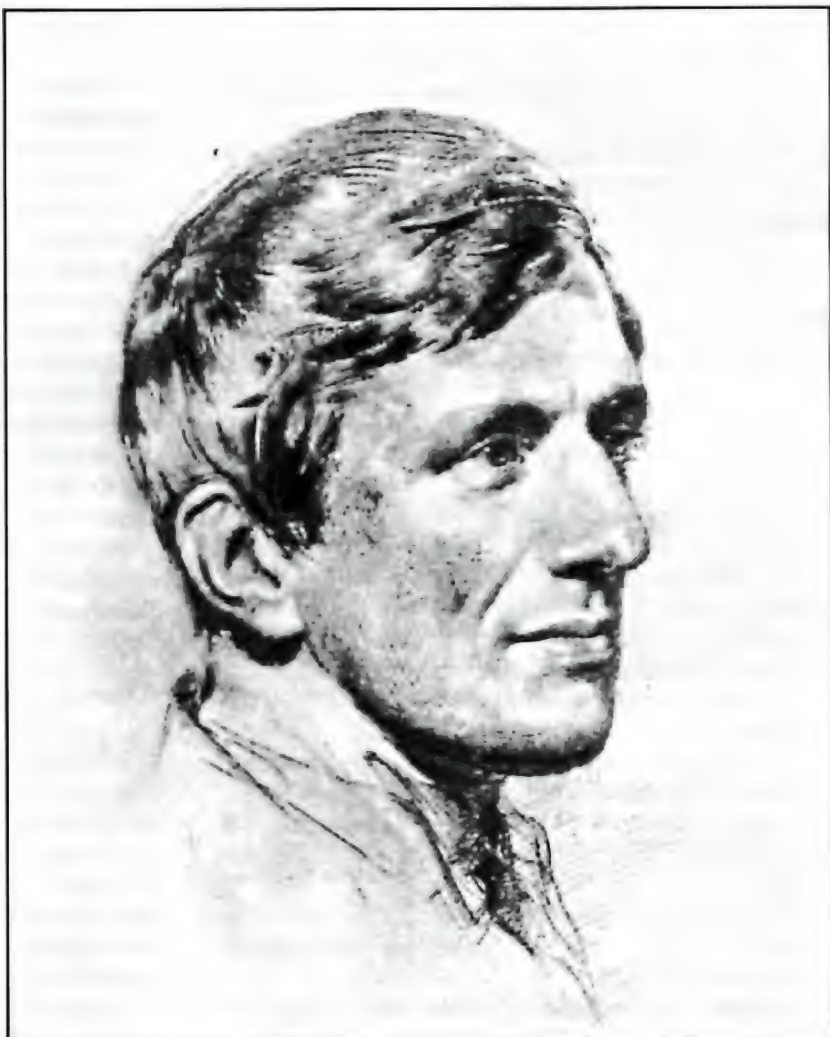
Newman y la conversión

Introducción del P. Fernando M. Cavaller

**Newman a la edad
de su conversión. (44 años)**

Este es el título que ha encabezado la "International Newman Conference" en Oxford, con el cual se ha querido no sólo reflexionar sobre la conversión de Newman, cuyo aniversario conmemoramos, sino también poder meditar acerca de la conversión en cuanto tal. En este último sentido es interesante preguntar al mismo Newman, quien no sólo escribió sobre su propio camino de conversión, como es el caso de la "Apología pro vita sua". En numerosas obras encontramos sus ideas acerca de esta realidad de la vida religiosa. Intentaremos descubrir algunas de ellas, ordenándolas de manera inteligible para poder agruparlas en unas pocas ideas fundamentales. Será conveniente

ir leyendo los textos de Newman a medida que son citados, pues a veces un texto expresa más de una idea y por tanto debe ser leído más de una vez, según de qué se trate. Hemos señalado con letra distinta los pasajes que expresan mejor la idea dentro del texto. También sucede que una idea estará expresada en más de un texto.



1. Necesidad de la gracia

Newman concibe la conversión como un movimiento del alma del hombre hacia Dios, movimiento que supone no sólo la acción de las potencias naturales del ser humano, sino el auxilio divino, es decir, la gracia, que ilumina y eleva a la razón (texto 4).

Esta gracia de iluminación se concede a todos los hombres, en última instancia, para ser católicos, es decir que pretende llevarlos a la verdad plena (texto 4).

Toda conversión se da en el tiempo, y por tanto la asistencia divina acompaña todo el camino, no sólo ayudando a comenzar la obra buena sino también a terminarla (textos 5 y 15).

En este sentido solamente la ayuda divina puede guiar verdaderamente la búsqueda (texto 8).

En el acto de fe que supone toda conversión, interviene la razón y también la voluntad humana, pero es trabajo simple de la gracia (texto 11).

Esta operación de la gracia es permanente, y aunque no lo advirtamos hace entrar multitudes a la Iglesia (texto 13).

La persona concreta espera, cuando está en camino de conversión, que esa gracia vuelva más definidamente (texto 19).

2. Disposiciones personales

Si hay una finalidad honesta y talento suficiente, siempre se podrá adelantar de alguna manera hacia la verdad (texto 3).

Lo más importante es tener un ojo y un corazón para la verdad (texto 3).

Newman enumera los que él llama "sentimientos intelectuales y morales" que constituyen la "preparación formal" para aceptar el cristianismo, y son aspectos del estado del espíritu necesarios para investigar la verdad (texto 3).

Lo importante es la búsqueda de la verdad y no la controversia (textos 3 y 16).

La disposición más deseable es acercarse a la verdad, a la Iglesia, con humildad, con ánimo de aprender (texto 5).

Siendo el camino hacia la verdad un trabajo arduo, conviene calcular el costo de las empresas con ánimo dispuesto (texto 5).

La conversión es generalmente lenta, y por tanto no se puede hacer todo de una vez. Cuando se pretende esto, no se hace nada (texto 5).

Es mejor llegar lentamente que frívolamente (textos 5, 14 y 16).

Toda conversión ha supuesto, a lo largo del proceso, fidelidad a la luz. Sabemos porque él lo dice, que Newman jamás pecó contra la luz (texto 5).

El testimonio personal es siempre motivo de conversión, y por tanto hay que observar la experiencia de los que nos

precedieron. Newman amaba considerar la vida de los santos y sabios en la vida de la Iglesia, y al seguirlos encontró el camino hacia la verdad plena (texto 5).

La conversión es una cuestión de obediencia (texto 8).

Se llega para creer en la Iglesia y obedecer a sus sacerdotes (texto 12).

Donde hay disposiciones no tienen resultado las acusaciones (texto 11).

La principal disposición, en consonancia con la necesidad de la gracia, es no rechazarla (texto 15).

Antes de pasar a la tercera idea, conviene reparar en la relación que hay entre las dos primeras. Es la relación entre gracia y naturaleza, que tanto dio que pensar a Newman.

3. Es un desarrollo

La conversión de una falsa religión a la verdadera ocurre gradualmente, al modo de un proceso continuo (texto 7).

En este proceso las certezas básicas que se tenían al principio no se pierden al convertirse (texto 1).

Es por esta continuidad que la fe católica contiene y reclama como suya toda verdad (texto 1).

Es decir que el principio capital fue siempre el mismo, no cambió ni se olvidó sino que se fortaleció (texto 6).

El converso ha añadido artículos a su fe, pero quedaron los antiguos en pie (textos 6 y 22).

En este sentido, Newman refiere que en su caso había continuidad asimismo en la búsqueda de solución de la controversia en torno a la fe y a la Iglesia (texto 18).

En todo desarrollo interviene el tiempo, y por tanto el camino de toda conversión es como estar de viaje (texto 19).

Diferencia al desarrollo del cambio, afirmando que en su propio caso no hubo cambio intelectual, moral o devocional o de firmeza en la fe, después de convertirse (texto 22).

4. Perder y Ganar

Este es el título de su conocida novela (*Loss and Gain*) en la que está admirablemente descrito el proceso de conversión del protagonista, junto a los caminos que siguen los demás. Lo que en esta obra aparece vívidamente, Newman lo ha expresado en otras obras como los "Tracts for the Times", que son anteriores a la novela, o la "Grammar of Assent" que es posterior. El converso no viene a perder lo que tenía sino a ganar lo que no tenía (textos 1 y 2).

Por tanto la verdadera conversión tiene un carácter positivo y no negativo (texto 2).

Aún así hay pérdidas, que o bien son los errores, o bien bienes que quedan sopesados por el bien mayor conseguido. Newman pierde amigos pero gana a Aquel... (texto 5).

Justamente los sacrificios de los conversos son uno de los argumentos más fuertes (texto 9).

El converso lúcido sabe lo que pierde y lo que gana (texto 15).

5. Dar el paso

La conversión se puede entender como un desarrollo, pero la conclusión siempre supone un paso final firme y definitivo, que necesita de la voluntad y es siempre libre. Este paso resuelve todo, incluso hace desaparecer el miedo precedente (texto 5).

Cuando el ánimo está decidido no se debe desear leer ni pensar más, sino que hay que dar el paso (texto 5).

La fe comienza como una aventura, la recompensa es "ver" (texto 15).

Antes de convertirse no se verá más claro. Hay que aventurarse, y entonces se ve claro (texto 17).

Hay algo más que prueba que el desarrollo no concluye de suyo, y que es necesario un paso final que lo concluya, y es que si no se da el paso adelante, se va para atrás, es decir se involuciona (texto 16).

6. Dificultades

Para Newman las dificultades contrarias a la conversión son principalmente morales y no intelectuales, es decir en el orden de la voluntad libre, malas disposiciones (texto 4).

Así también son dificultades las acusaciones, que pueden causar el retraso o el volver atrás (textos 11 y 16).

Limpia el camino de objeciones es favorecer la conversión (texto 11).

El converso no goza del favor de ninguna de las partes. Newman sufrió esto intensamente (texto 8).

Hay que reconocer que, a pesar de lo que se pudiera esperar, existe una imperfección propia de toda conversión, que es justamente la que suele dar argumento a los acusadores (texto 9).

La conversión es la consecución de un bien arduo, y como tal conlleva luchas (texto 9).

7. Diferente según las personas

Newman siempre trató de entender la mente concreta del hombre, y contempló a la persona, de modo que afirmaba la acción de Dios sobre cada una de manera distinta, es decir personal (texto 5).

Esta distinción se da en los tiempos y modos (texto 4).

En este mismo sentido, lo que constituye una prueba para uno, no lo será para otro (texto 10).

Las personas adquieren convicción de muchos modos (texto 5).

Por ello, porque la conversión es un proceso personal, no

es lícito entrometerse indebidamente ni apurar conversiones (textos 14 y 20).

El misterio de las persona hace que siempre haya mucha ignorancia acerca de los otros (texto 14).

Aquí cabe decir que Newman nos ha dejado un sinnúmero de cartas como consejero en casos de conversión que muestran su prudencia y tacto para considerar cada caso.

8. Certeza

Aceptar una religión es realizar una serie de asentimientos, unos de una clase, otros de otra (texto 1).

Si se pierde la convicción sobre un punto cualquiera, con ello queda demostrado que no tenía verdadera certeza en él (texto 1).

A partir de la acumulación de probabilidades podemos llegar a obtener certeza (textos 1, 10 y 21).

Es fácil imputar motivos al converso (texto 9).

No es posible hacer un análisis completo de los motivos (texto 10).

En la novela "Loss and Gain" analiza la relación entre los motivos y la certeza necesaria (textos 15 y 16).

La certeza moral es suficiente para asentir (texto 17).

Se da un paso de la opinión a la convicción o certeza (texto 21).

9. Salvación

Este desarrollo iluminado por la gracia, en el que la persona bien dispuesta, después de vencer las dificultades y obtener certeza, plenamente consciente de lo que pierde y gana, da el paso definitivo hacia la verdad plena, este desarrollo y esta conclusión están orientados a la realización plena de la persona, es decir de su salvación. Está en juego la salvación (texto 16).

10. La verdad

Al hablar de conversión, Newman sobreentiende siempre que se trata de la conversión a la Verdad que es Dios mismo, y consecuentemente a Su Revelación en Cristo y Su Iglesia. Se trata pues de un movimiento hacia la Verdad objetiva, dejándose guiar por esa "Luz bondadosa". Ahora bien, en un mundo que es indiferente a la Verdad y que postula el relativismo subjetivista, ¿qué sentido se le dará a la conversión? Justamente por ello resalta más la importancia del pensamiento newmaniano y más aún su propio itinerario hacia la verdad. Para esta idea no hay texto sino la obra entera de Newman, su propia vida (se puede releer el texto 3).

A continuación ofrecemos la antología de textos sobre "Conversión". Algunos han sido seleccionados y traducidos por el autor de este artículo, otros solamente seleccionados. En estos últimos ponemos la edición castellana correspondiente (los párrafos o palabras en cursiva son del autor, para resaltar el tema del texto).

Textos de Newman sobre "conversión"

Selección: P. Fernando M. Cavaller

1 El asentimiento y la certeza se refieren a proposiciones individuales, una a una...

Una religión no es una proposición, sino un sistema...

Aceptar una religión no es un asentimiento simple a ella, ni un asentimiento complejo, ni una convicción... es una serie de sentimientos, unos de una clase, otros de otra. Pero entre todos estos asentimientos ¿cuántas certezas se hallan? Ciertamente las certezas no cambian, pero ¿quién pretenderá que todos los asentimientos son infectibles?... Así pues cuando nos dicen que uno ha pasado de una religión a otra, lo primero que hacemos es preguntar si la segunda religión tiene algo en común con la primera. Si tiene algo en común, entonces ha cambiado únicamente parte de su credo, no la totalidad del mismo. La segunda pregunta que hemos de hacer es si ha abandonado aquellas doctrinas que son comunes a su nuevo credo y al antiguo, y luego, si estaba cierto de su antiguo credo, y lo está ahora del nuevo...

Así pues, cuando oímos decir que ha habido un cambio de certeza religiosa en una persona, lo primero que hemos de averiguar es en qué doctrinas su llamada certeza se basaba antes y se basa ahora. Fuera de tales doctrinas, todas las demás no eran más que accidentales a su profesión, y por tanto no podría probarse nada contra la infectibilidad de su certeza aunque las cambiara todos los años...

La dificultad real está, no en la variedad de religiones, sino en la mutua contradicción, el conflicto y el cambio de certezas religiosas... (ejemplo de tres protestantes). La gente dirá que en estos tres casos se perdieron antiguas certezas y se ganaron otras nuevas. Pero esto no es verdad: cada uno de los tres hombres partió de una sola certeza, como ellos mismos habrían confesado si hubieran examinado el caso cuidadosamente; y cada uno la conservó y la injertó en un nuevo sistema de creencias. Cada uno fue fiel a esta única convicción desde el principio al fin; y al considerar su pasado insistiría tal vez en este punto, a saber, en que fue realmente consecuente consigo mismo, mientras que otros no miran sino los cambios obrados en sus opiniones religiosas. Es verdad que ha añadido cosas importantes a su principio inicial; pero no ha perdido convicción alguna de las que poseía al principio... Son pocas las religiones que no tienen entre sí algunos puntos comunes. Tales punto si son abrazados con convicción absoluta, son como los pivotes alrededor de los cuales tienen lugar los cambios que se operan en esa

colección de suposiciones, opiniones, prejuicios y otras clases de asentimiento que constituyen lo que se llama la selección y adopción de una forma de religión, de un credo o una iglesia...

...Mucho más natural será la transición de una religión a otra sin necesidad de dañar las certezas existentes, cuando los puntos comunes que son objeto de tales certezas son verdades. En este caso será mucho más fuerte y más dominante la simpatía con que los espíritus amantes de la verdad suspiran por la fe católica, la cual contiene en sí misma y reclama como propia toda la verdad que se puede encontrar en cualquier parte, y, más importante aún sólo la verdad. Esta es la influencia secreta con que la Iglesia se atrae a sí conversos de tan variadas religiones opuestas entre sí. Vienen, no a perder lo que tienen, sino a ganar lo que no tienen, y a fin de que mediante lo que tienen puedan recibir mucho más. San Agustín nos dice que no hay doctrina falsa que no tenga mezclado algo de verdad. A la luz de estas verdades parciales que se contienen las diversas religiones de la humanidad y por medio de nuestras certezas acerca de ellas que son posibles dondequiera que tales verdades se encuentren, vamos descubriendo nuestro camino, tal vez despacio pero seguramente, hacia la religión única que Dios nos ha dado; y en este camino llevamos con nosotros nuestras certezas, no para perderlas, sino para guardarlas mejor y para entender y amar los objetos de las mismas de una manera más perfecta. Ni siquiera los ídolos y los paganos están enteramente fuera del ámbito de estas verdades religiosas y de las certezas correspondientes...

Y por tanto, se concibe muy bien que un hombre haga en sus ideas religiosas toda la peregrinación desde el paganismo al catolicismo, pasando por el islamismo, el judaísmo, el unitarismo, el protestantismo y el anglicanismo. En todos estos pasos no perdió ninguna de sus certezas, sino que al contrario fue acumulando continuamente verdades nuevas que requerían de él y obtenían en su mente certezas siempre nuevas...

Hasta ahora he hablado de certezas que permanecen inalteradas, o más bien confirmadas con el cambio de religión. Pero existen otras, tanto si las queremos llamar certezas como convicciones, que desaparecen en un cambio semejante, tales como la convicción que San Pablo tenía acerca de la suficiencia de la ley judía, la cual desapareció cuando se convirtió al cristianismo. ¿Cómo pueden reconciliarse tales hechos con la doctrina que he defendido hasta aquí?... Simplemente pre-



Altar en la pequeña capilla, donde Newman comulgó por primera vez durante la Misa que celebró el P. Domenico Barberi.

gunto acerca del celo con que los judíos mantenían la suficiencia de la ley: ¿tal celo, tal profesión de certeza, aún suponiendo que se trate de verdadera certeza y no de prejuicio o de pura convicción, se hallaba en aquellos que llegaron a convertirse o sólo en los que no se convirtieron? Porque si los que no tenían esa certeza se convirtieron al cristianismo y los que la tenían permanecieron siendo judíos, el hecho de la conversión de los primeros no es un caso de pérdida de certeza, como tenían los segundos. San Pablo constituye ciertamente una excepción, pero su conversión, como toda su vida posterior, es algo milagroso. Hablando en general no eran los zelotes los que proporcionaban miembros a la Iglesia católica, sino aquellos hombres de buena voluntad que en vez de considerar la Ley como algo perfecto y eterno, "esperaban la redención de Israel" y la "sabiduría de la salvación en la remisión de los pecados". Lo mismo se puede decir de los hombres doctos y devotos que en nuestros días se hallan entre los anglicanos, los cuales llegan tan cerca de la Iglesia sin llegar a reconocer sus derechos. Yo me pregunto si no es verdad que también entre ellos se pueden distinguir dos clases de hombres, los que buscan fuera de su propio organismo el perfecto, y los que enseñan que la comunión anglicana es el áureo medio entre los que creen demasiado y los que creen poco, el centro de unidad entre el oriente y el occidente, el instrumento y el molde, lo mismo que los judíos pudieron haber pensado de sus instituciones moribundas, con el cual el reino de Cristo se extenderá finalmente por toda la tierra. Ahora bien, pregunto yo, ¿cuál de estas dos clases de hombres proporciona los

conversos a la Iglesia? Porque si éstos proceden de entre aquellos que nunca profesaron estar enteramente ciertos de la fuerza especial de la posición anglicana, entonces no pueden aducirse tales casos como ejemplos de defección en la certeza.

...La indefectibilidad puede servir al menos como criterio negativo de la certeza, o sea, como condición *sine qua non*; de manera que si uno pierde sus convicciones acerca de un punto cualquiera, con ello queda probado que no tenía verdadera certeza sobre él. La certeza ha de resistir todas las pruebas y si no, no es certeza.

...Por lo que a mí se refiere, dicen más con mi propia manera de ver las cosas al intentar probar la verdad del cristianismo de la misma manera informal con que puedo probar con certeza que yo he nacido en este mundo y que moriré en él... prefiero basarme en el argumento de la *acumulación de diversas probabilidades*... a partir de probabilidades podemos llegar a construir una prueba valedera, *suficiente para obtener certeza*.

(Grammar, 243-256, 411)

Ed. Herder: "El asentimiento religioso"

2 La verdadera religión es la cumbre y la perfección de las religiones falsas; reúne, en una religión única, todo lo bueno y verdadero que poseen las demás. Y de esta manera, el Credo católico es, en su mayor parte, la reunión de varias verdades que los herejes se repartieron entre sí y que no tuvieron razón suficiente para desmembrar. Hasta el punto que si un espíritu religioso, educado en cualquier forma de paganismo o de herejía, y sinceramente ligado a ella, fuera un día condu-



Beato Domenico Barberi el sacerdote pasionista que pasó por Littlemore la noche del 8 de octubre de 1945 y recibió a Newman en la Iglesia Católica.

cido a la luz de la verdad, abandonaría su error para creer en la verdad, sin perder lo que poseía, pero adquiriendo lo que no poseía, sin ser "despojado" sino "revestido", exactamente como "el cuerpo será revestido por la inmortalidad" (I Cor 15,54). El mismo principio de fe que impele al espíritu religioso a asociarse con la enseñanza humana, le empuja también a seguir la verdad, y lo que debe ser rechazado como absolutamente falso de esta enseñanza anterior, no lo será directa sino indirectamente por la recepción de la verdad que le es contraria. La verdadera conversión tiene un carácter positivo y no negativo. Este era el método que empleaba San Pablo en Atenas en las discusiones religiosas. Y si, después de él, los apologistas tomaron la costumbre de poner en ridículo las idolatrías paganas, conviene recordar que la creencia en la mitología popular iba desapareciendo entonces, y que los mismos pueblos la ponían en ridículo.

(Tracts for the Times, V, 85, p. 73, transcripto con algunas correcciones en Discussions and Arguments, 3, pp. 200-201 a.1838)
(Traducción del autor)

3 Si se presentase la alternativa, yo preferiría mantener que hemos de comenzar creyendo todo lo que se nos ofrece para ser aceptado, más bien que decir que

tenemos el deber de dudar de todo. Este parece realmente el camino verdadero de la sabiduría. En este caso pronto descubrimos y descartamos lo que constituye una contradicción; y puesto que el error lleva siempre incluida alguna parte de verdad y que la verdad tiene una realidad que el error no tiene, podemos esperar abrimos paso de alguna manera, de forma que el error caiga de nuestras mentes y la verdad se desarrolle y ocupe su lugar. De esta manera vemos que buscadores de los cuatro puntos cardinales llegan a alcanzar la religión católica, como si no tuviera importancia alguna donde uno comenzó, con tal que tenga un ojo y un corazón para la verdad.

...Podemos determinar sin dificultad el género de sentimientos intelectuales y morales que constituyen la preparación formal para entrar en lo que se llaman las pruebas en favor del cristianismo. Estas pruebas presuponen pues, la fe y la percepción de la divina presencia, el reconocimiento de sus atributos y la admiración por su persona descubierta debajo de ellos, la convicción del valor del alma y de la realidad e importancia del mundo invisible, la persuasión de que, a medida que participamos en nuestras personas se los atributos que en El admiramos, nos hacemos más amables a El, la consiguiente inteligencia de nuestra culpa y de nuestra miseria, la esperanza anhelante de reconciliarnos con El, el deseo de conocerle y de amarle y el vigilante estar alerta en todo lo que acontece, tanto en el curso de la naturaleza como en el de la vida humana, para descubrir sobre nosotros lo que tan urgentemente necesitamos. Estos son aspectos del estado de espíritu que yo desearía en aquellos que quieran investigar la verdad del cristianismo.

Si se me pide que yo use el argumento de Paley para mi propia conversión, contestaré llanamente que no quiero ser convertido por un silogismo elegante. Si se me pide que convierta con él a otros, responderé llanamente que no tengo interés alguno en subyugar su razón sin llegar a tocar sus corazones. Quiero tratar con buscadores de la verdad, no con controversistas.

(Grammar, 377-378, 418-418, 425)

Ed. Herder: "El asentimiento religioso"

4 Ocurre con frecuencia que quienes vienen a la Iglesia Católica procedentes de algún grupo protestante, cambian la incertidumbre y duda religiosas que padecían antes de su conversión, en una indiscutible y serena confianza. Las dudas en torno a su antigua comunión se han transformado en certeza acerca de la nueva. No albergan temores, ansiedad, dificultades o escrúpulos. Hablan como sienten; y el mundo, ignorante de que se trata de un efecto de la gracia recibida, y acostumbrado a medir lo que poseen los católicos por lo que él no posee, se apresura a gritar: "¡qué atrevidos y extravagantes!", y considera que el cambio producido es un cambio para mal, una equivocación y una falta, porque produce precisamente el efecto que debería producir si fuera un cambio para bien...

Esta es la razón por la que algunos que buscan la verdad y se acercan a la Iglesia encuentran difícil convencerse de que sus dudas no continuarán después de hacerse católicos, y lo alegan como motivo para diferir o evitar tal paso. ¡Qué será de ellos –dicen– si las acostumbradas dudas permanecen después de la conversión! Les asusta pensar que en ese caso no les restará nada en qué apoyarse. No se dan cuenta que *sus dificultades no son de orden intelectual sino moral*. Quiero decir que en realidad no dudan de que la conclusión alcanzada sobre la procedencia divina de la Iglesia católica sea verdadera. Su razón no vacila acerca de esta verdad, pero son incapaces de que su ánimo la capte y se deje penetrar por ella. La reconocen confusamente, aunque ciertamente, como se ve el sol a través de nieblas y nubes; y olvidan que *el tarea de la gracia iluminar la oscuridad y la penumbra, consolidar la visión vacilante, elevar la razón mediante la fe, y convertir una conclusión lógica en un objeto para el sentido espiritual*. No acaban de creernos cuando les aseguramos lo que hemos podido comprobar en muchas ocasiones; es decir, que su dolorosa perplejidad desaparecerá cuando hayan entrado en la Comunión de los santos y en la atmósfera de gracia y luz, que se encontrarán tan repletos de paz y alegría que no sabrán cómo agradecerlo a Dios, y que la misma fuerza de sus sentimientos y la necesidad de comunicarlos les llevarán a *procurar la conversión de otros*, mediante un celo que contrastará sorprendentemente con su anterior vacilación.

Deseo añadir como conclusión dos observaciones aclaratorias. En primer lugar, no penséis que he hablado en desprecio de la razón. *La razón es el camino hacia la fe*. Sus conclusiones son a veces los mismos objetos de fe. *Precede a la fe cuando las personas se convierten a la Iglesia*, y es instrumento normal que la Iglesia emplea cuando elabora esas definiciones doctrinales en las que, según promesa y poder de su Señor y Salvador, es infalible. Pero a pesar de todo, la razón es una cosa y la fe es otra y la razón es tan incapaz de convertirse en sustituto de la fe, como ésta lo es de colocarse en el lugar de la razón. En segundo término, me he expresado como si el estado de naturaleza se hallara privado totalmente de la influencia de la gracia, y como si las personas que están fuera de la Iglesia actuaran siempre de un modo “natural”. He hablado de este modo por un motivo de claridad, para que gracia y naturaleza aparecieran nítidamente contrastadas: pero no ocurre exactamente así. Dios concede su gracia a todos los hombres, y a quienes la usan bien concede más, e incluso la sigue ofreciendo a los que apagan la primera gracia recibida. Así pues, algunos actúan de manera puramente natural; otros obran de manera natural en ciertos aspectos, pero no en todos; otros se dejan penetrar gradualmente por los auxilios divinos; otros finalmente han utilizado con fidelidad los dones de Dios, buscan sinceramente a Cristo y a su Iglesia, y se hallan quizás en estado de justificación. Es imposible, por tanto, aplicar estas afirma-



Cuadro de San Felipe Neri que está en el Oratorio de Birmingham.

ciones generales a individuos determinados, cuyos corazones sólo a Dios puede escrutar. Muchos, repito, caminan bajo la influencia mixta de la razón y de la fe, creen firmemente algunas verdades y mantienen una simple opinión sobre otras. Muchos viven un conflicto interior y avanzan hacia una crisis, después de la cual abrazarán la verdad o se alejarán de ella. Muchos aprovecharán tan fielmente las ayudas de la gracia, que están en vías de recibir su inhabitación permanente en el alma. Muchos otros, confiamos, gozan de esa luz perenne y se aproximan con paso seguro a la Iglesia. Algunos, por desgracia, pueden haberla recibido y por no avanzar hacia la Casa de Dios donde está en plenitud, han comenzado a perderla, y aunque lo ignoran, viven sólo del recuerdo de lo que una vez tuvieron. Son situaciones misteriosas reservadas a Dios. Pero permanecen inamovibles las grandes verdades de que la naturaleza no puede ver a Dios, que *la gracia es el único medio de contemplarle*, y que mientras nos capacita par ello, *nos trae a la Iglesia y nunca se nos concede para nuestra iluminación sin dárse nos asimismo para ser católicos*.

¡Qué alegría y agradecimiento hemos de sentir, hermanos míos, por el hecho de que Dios nos haya conducido a la Iglesia de Su Hijo!

(*Discourses to mixed congregations*, IX, pp. 179-80, 186-89)

Ed. Rialp: "Discursos sobre la fe"

5 Me diréis, quizás, los que no sois católicos, que si toda búsqueda ha de cesar cuando entréis en la Iglesia, será necesario asegurarse bien de que la Iglesia es de Dios, antes de venir a ella. Tenéis razón. *Nadie debe hacerse católico si no posee un firme propósito de aceptar la palabra de la Iglesia, en todas las cuestiones de doctrina y moral, como venida directamente de Dios, que es la Verdad.* Debéis abordar el tema y calcular el costo. Si no venís en ese espíritu, mejor es que continuéis donde ahora. Ricos y pobres, cultos e ignorantes: *todos deben venir a aprender.* Si entendéis bien estos presupuestos, no erraréis luego el camino. Pero si os acercáis con otras disposiciones es preferible que esperéis hasta superarlas. *Habéis de venir, repito, a aprender, no a traer vuestras ideas.* Habéis de venir con el deseo de ser discípulos, y con la intención de tomar la Iglesia como vuestro hogar y no abandonarla nunca. No vengáis a hacer experimentos. No vengáis como quien toma asiento en una capilla o compra billetes para una sala de conferencias. Venid como a vuestra casa, a la escuela de vuestras almas, a la Madre de los santos. No os agobiéis con el pensamiento de si, una vez en la Iglesia, persistirá vuestra fe. Esta idea es una sugestión del maligno, que quiere detener vuestros pasos. El que ha comenzado la buena obra en vosotros la terminará. El que os a escogido os será fiel. Poned vuestra causa en sus manos, esperad en El, y perseveraréis, ¿Qué obra buena llegaríais a comenzar si desearais, ya desde el principio, ver la terminación? *Si queréis hacer todo de una vez, no haréis nada. El que comienza bien ha realizado la mitad del trabajo.* Pero no escucharéis al final la alabanza del Señor si escondéis ahora vuestros talentos. Cuando os haya traído del error a la verdad, habrá hecho lo más difícil —si algo fuera difícil para El—, y desde luego os preservará de una vuelta al error. *Observad la experiencia de quienes os han precedido en este camino. Antes de decidirse, albergaban temores de un fracaso en la fe, pero su miedo desapareció al dar el paso decisivo.* Antes de recibir la gracia temían perderla luego de haberla conseguido, pero los temores se desvanecieron cuando la gracia llegó de hecho a sus almas.

Convenceos de que la Iglesia Católica es maestra que Dios os envía, y será suficiente. No deseo que os unáis a ella hasta no lograr esa convicción. Si estáis convencidos a medias, pedid a Dios una convicción plena, y esperad a tenerla. Es mejor venir con rapidez. Pero es aún mejor venir con lentitud, que hacerlo frívolamente, pues a veces sucede, como dice el refrán, que a mayor prisa peor velocidad.

Procurad sin embargo aseguraos que la lentitud o el retraso no obedezca a culpa de vuestra parte, es decir, a

algo que podéis remediar. *Dios actúa de modo diferente según las personas.* Hay hombres a quienes la convicción viene lentamente, mientras que otros la adquieren con gran rapidez. En algunos casos es el fruto de una iluminación casi repentina. En algunos casos es el resultado de mucha reflexión. Un hombre es convertido en seguida, como en el ejemplo que narra San Pablo cuando escribe: "Si todos profetizan, y llega uno que no cree o uno que es ignorante, resulta convencido de todo e informado de todo. Los secretos de su corazón se hacen manifiestos, y postrado sobre su rostro adorará a Dios y reconocerá que Dios se halla entre vosotros" (I Cor 14,23).

Este caso se repite también ahora. Algunos se convierten simplemente por entrar en una iglesia católica, o mediante la lectura de un libro, o bien por la atracción de una doctrina. Muchos sienten el peso de sus pecados y ven que si una religión tiene medios de perdonarlos, debe venir de Dios. Otros se conmueven ante la santidad y belleza de la religión católica, o desean ardientemente una guía entre la confusión de lenguas, de modo que la doctrina sobre la fe, tan difícil para algunos, es luminosa para ellos. Otros escuchan las objeciones contra la Iglesia, exploran minuciosamente las diversas cuestiones debatidas, y logran la convicción al final de una larga búsqueda.

Como sucede en los tribunales de justicia, la inocencia de un hombre puede ser probada de inmediato, mientras que la de otro se demuestra después de una cuidadosa y larga investigación. El primero no presenta nada sospechoso en su conducta, y el segundo en cambio debe argumentar contra varias presunciones que le señalan culpable. De igual modo, la Santa Iglesia aparece diferentemente a hombres diferentes que la miran desde fuera. Dios actúa sobre ellos de manera distinta, pero si son fieles a la luz que han recibido, llega finalmente un momento, diferente en cada caso, en el que son llevados por el Señor al estado de mente, bien definido e inequívoco, que llamamos *convicción*. No tendrán duda alguna, sean cuales fueren las dificultades todavía pendientes, de que la Iglesia procede de Dios. Tal vez no sepan responder a esta o aquella objeción, pero a pesar de todo habrán alcanzado certeza.

Es éste un punto que no debe olvidarse: la convicción es un estado de la mente, que es distinto y se encuentra más allá de los argumentos que lo han producido. No varía con la fuerza o el número de éstos. Los argumentos llevan a una conclusión, y cuando son más sólidos, la conclusión es más clara. Pero puede lograrse una firme convicción como resultado de una conclusión clara igual que de otra todavía más clara. Un hombre puede estar tan seguro con seis razones, que no necesita una séptima ni estaría más seguro en caso de tenerla. Lo mismo ocurre respecto a la Iglesia católica: las personas adquieren convicción de muchos modos, y lo que convence a una no convence a otra; pero esto es accidental, porque tarde o temprano llega

el tiempo en el que uno se debe convencer y de hecho se convence, y entonces está obligado a no esperar nuevas razones, aunque todavía podrían encontrarse algunas más.

Se encontrará en una situación en la que rehusará oír más argumentos en pro de la Iglesia. *No deseará leer o pensar más sobre la cuestión, porque su ánimo está ya decidido. En tal caso, su deber es entrar de inmediato en la Iglesia. No debe retrasar la conversión.* Conviene que sea prudente en oír consejos, y rápido en ejecutarlos. Esto es lo que inquieta a los católicos que le rodean: no es que le inviten a obrar precipitadamente, sino que, conocedores de las tentaciones frecuentes en estos casos, *temen fraternalmente por su alma, no sea que después de haber llegado a las puertas de la convicción, pase de largo y malgaste la oportunidad de convertirse.* Si es así, podría no retornar otro momento parecido, pues la condición de católico es un don raro de Dios que a algunos se ofrece sólo una vez en la vida.

“La sabiduría grita en las calles y en las plazas levanta su voz. Desde lo alto de los muros llama; a la entrada de las puertas de la ciudad pronuncia sus discursos. ¿Hasta cuándo, simples, amaréis la simpleza, y los burlones se deleitarán en la burla, y los necios aborrecerán la ciencia? *Convertíos a mis exhortaciones:* he aquí que yo derramaré sobre vosotros mi espíritu, yo os haré conocer mis palabras, porque yo he llamado y vosotros me habéis rechazado, he tendido mi mano y nadie hizo caso. Porque habéis despreciado todos mis consejos y no habéis querido mis amonestaciones. También yo me reiré de vuestra desventura, me vengaré cuando venga sobre vosotros el terror, cuando el terror venga sobre vosotros como el huracán, y como un torbellino os sobrevenga la desventura, cuando la tribulación y la angustia vengan sobre vosotros. Entonces ellos me llamarán y no responderé; me buscarán y no me encontrarán. Porque han aborrecido mi ciencia y no han amado el temor de Yahveh. No han aceptado mis consejos y han desdeñado todas mis exhortaciones, comerán el fruto de sus errores y se hartarán de sus propios consejos” (Prov 1, 20-31).

¡Doloroso será ser contado en ese número! ¡Terrible el pensamiento de una eternidad apartado de Dios! ¡Oh aguijón del pensamiento que dice: “Fui llamado, pude responder, y no lo hice”! ¡Felices si podemos recordar pasados momentos de prueba, cuando los amigos nos imploraban y los enemigos se burlaban de nosotros, y exclamar: “Que habría sido de mí si no hubiera seguido la invitación del Señor”! ¡Qué confusión de la mente, naufragio de fe y opinión, vacío, triste escepticismo y desesperanza constituirían ahora mi única herencia, adelanto de las tinieblas futuras, si no hubiera escuchado la voz de Cristo! *He perdido amigos, pero he ganado a Aquel que al darse a Sí mismo da el ciento por uno en casas, hermanos, hermanas, hijos y tierra. He perdido lo perecedero y ganado lo infinito. He perdido lo temporal y ganado lo eterno.* “Señor, mi Dios, soy tu siervo, hijo de tu esclava. Has roto mis cadenas.

Te ofreceré sacrificios de alabanza, e invocaré el Nombre del Señor” (Salmo 95, 16).

(Discourses to mixed congregations, XI, pp. 231-237)

Ed. Rialp: “Discursos sobre la fe”

6 He hablado de mi firme confianza en mi posición, y ahora tengo que definir mejor cuál era la posición por mí adoptada y los principios en que tanto confiaba. Eran tres:

1. El primero era *el principio del dogma*. Mi batalla era contra el liberalismo, y por liberalismo entiendo el principio antidogmático y sus consecuencias. He aquí *el primer punto de que yo estaba cierto*. Aquí hago una observación: persistir en una creencia determinada no es prueba suficiente de su verdad; pero apartarse de ella es, por lo menos, un descrédito para quien estuvo tan seguro de su verdad. Así, pues, en la medida que en 1832 estaba yo firmemente convencido de ideas que abandoné posteriormente, incurro en alguna especie de culpa no sólo por esta vana confianza, sino por todas las variaciones de conducta que fueron consecuencia. *Pero bajo este primer capítulo tengo la satisfacción de no sentirme obligado a retractar nada ni arrepentirme de nada. El principio capital del movimiento me es hoy día tan caro como me lo fue siempre. He cambiado en muchas cosas, pero ahí no. Desde los quince años el dogma ha sido el principio fundamental de mi religión.* No conozco otra; no puedo hacerme a la idea de otra especie de religión; religión como mero sentimiento es para mí un sueño y una burla. Sería como haber amor filial sin la realidad de un padre, o devoción sin la realidad de un ser supremo. *Lo que mantuve en 1816 lo seguí manteniendo en 1833 y lo mantengo en 1864. Ruego a Dios que lo mantenga hasta el fin...*

2. En segundo lugar, yo tenía confianza en la verdad de cierta enseñanza religiosa definida, basada sobre los cimientos del dogma, a saber: *que hay una Iglesia visible, con sacramentos y ritos que son los canales de la gracia invisible.* Yo pensaba que esta era la doctrina de la Escritura, de la primitiva Iglesia y de la Iglesia anglicana. *En este punto tampoco he cambiado de opinión; estoy ahora tan cierto de él como lo estuviera en 1833, y nunca he dejado de estarlo.* En 1834 y años siguientes puse esta doctrina eclesiástica sobre más amplia base, después de haber leído, por una parte, a Laud, Bramhall, a Shillingfleet y a los teólogos anglicanos, y haber proseguido, por otra, el estudio de los Padres; *pero la doctrina de 1833 se fortaleció, no cambió en mí...*

Además, por lo que respecta al sistema episcopal, yo lo fundaba sobre las cartas de San Ignacio de Antioquía, que lo inculcan de varias maneras. Un pasaje se me grabó especialmente. Hablando de la desobediencia a la autoridad eclesiástica, dice: “Porque no es a este obispo que vemos a quien se quiere engañar, sino que se pretende burlar al obispo invisible. Ahora bien, en este caso ya no es asunto de carne, sino asunto que atañe a Dios, a quien aún lo escondido está patente”. Yo

quería seguir a la letra este principio, y puedo decir con confianza que nunca lo he infringido conscientemente... Mi obispo era mi Papa, no conocía a otro, el sucesor de los apóstoles, el vicario de Cristo. Esto no era más que aplicación práctica de la teoría anglicana del gobierno de la Iglesia, tal como yo mismo la había ya expuesto después de otros muchos teólogos anglicanos. Así continué durante toda mi carrera. Cuando, finalmente, en 1845, escribí al obispo Wiseman, en cuyo vicariato se encontraba, anunciándole mi conversión, no hallé otra mejor que decirle sino que obedecería al Papa como había obedecido a mi obispo en la Iglesia anglicana... Y ahora, al concluir mis observaciones sobre el segundo punto en que fundaba mi confianza, repito que tampoco aquí, en líneas generales, tengo ninguna retractación que hacer. Hoy acepto con la misma claridad que en 1833 y 1816 el principio del dogma, y con la misma firmeza que en 1833 creo en una Iglesia visible, en la autoridad de los obispos, en el valor religioso de las obras de penitencia. He añadido artículos a mi credo, pero quedan en pie los antiguos, que entonces aceptaba con fe divina.

(Apología pro vita sua, 48-52)

Ed. BAC

7 Una verdadero desarrollo, pues, puede ser descripto como aquel que conserva el curso de los desarrollos antecedentes, siendo realmente aquellos antecedentes y algo más, además de ellos. Es una adición que ilustra, no oscurece, que corrobora, no corrige, el cuerpo de pensamiento del cual procede. Y esta es su característica, que lo diferencia de la corrupción.

Por ejemplo, una conversión gradual desde una falsa religión a la verdadera, tiene, sencillamente, mucho del carácter de un proceso continuo, o de un desarrollo, en la misma mente, aún cuando la dos religiones que son los límites de su curso, sean antagónicas. Ahora bien, se debe observar que semejante cambio consiste principalmente en adición y crecimiento, no en destrucción.

(An Essay on the Development of Christian doctrine, sobre la sexta nota del desarrollo auténtico, pp. 200-210) (Traducción del autor)

8 Un pacto de juicio privado es, en su verdadera esencia, un acto de responsabilidad individual. Esta es una consideración que aparecerá con fuerza especial en una mente consciente, cuando se trata de una situación tan tremenda como un cambio de religión. Un hombre religioso se dirá a sí mismo, "Si estoy en el error ahora, lo estoy por una disposición de la Providencia, que me ha colocado donde estoy; si cambio hacia un error, es mi propio acto. Es mucho menos temible nacer en desventaja, que colocarme yo mismo en desventaja".

Y si la voz de los hombres en general interviene de alguna manera en una cuestión de esta clase, no hace más que corroborar estos sentimientos instintivos. Un converso, indudablemente, no goza del favor de ninguna de las partes; es mirado con desconfianza, desprecio y aversión

por todos. Sus primeros amigos piensan de él: ¡vete con viento fresco!, y sus nuevos amigos son fríos y extraños, y en lo que respecta al público imparcial, su verdadero primer impulso es adjudicar el cambio a alguna excentricidad de carácter, o inconstancia de pensamiento, apego sensible, o interés privado. Su mejor alabanza es confesar de mala gana que "sin duda él es muy sincero". Hombres de iglesia y disidentes, hombres de Roma y de la Iglesia de Escocia, están todos igualmente sujetos a esta observación. No solamente en ocasiones extraordinarias, sino por rutina, cada vez que nos llegan las noticias de una conversión al romanismo, o al irvingismo, o a la secta de Plymouth, o al unitarianismo, decimos, todos y cada uno de nosotros, "Como era de esperar; ese tal ha vivido tanto tiempo afuera", o "tiene una disposición tan imaginativa", o "es tan excitable y raro", o "¿qué podía hacer? toda su familia cambió", o "fue una reacción como consecuencia de una educación imprudente", o "los negocios hacen fríos a los hombres", o "el poco estudio los hace superficiales en su religión". Luego, si la voz común de la humanidad se acepta para todo, ¿no deberíamos considerar como "regla" que los hombres cambian su religión, no por la razón, sino por algún sentimiento o motivo extra-racional?, pues de otro modo, el mundo no hablaría así.

Ahora, en cuanto a nosotros, no estamos disputando con este testimonio, queremos resignarnos a él, pero pensamos que hay interesados a quienes concierne mucho ponderarlo. Seguramente, como deben sentir, se trata de una prueba fuerte y alarmante de que, para todas las arengas y protestas que continúan en Exeter y otros colegios, esta gente importante no es un defensor concienzudo del sagrado derecho del Juicio Privado, tal como un buen protestante desearía. ¿Por qué deberíamos salirnos de nuestro camino, todos y cada uno de nosotros, para imputar motivos personales o para explicar la conversión de cada converso que llega a nosotros, si hubiera en nosotros, el público, una adhesión a ese absoluto, universal e inalienable principio, como muestran sus títulos en estilo heráldico, alto y amplio, sagrado y tremendo, el derecho, el deber y la posibilidad del Juicio Privado? ¿Por qué deberíamos confesarlo en general e inmediata y puntualmente negarlo en cada caso particular, si nuestros corazones conservan algo más que el "magni nominis umbra", cuando predicamos el principio protestante? ¿No es puro capricho en bautistas, independientes, irvingitas, wesloianos, hombres de la Iglesia establecida, y mormones, complacerse en pisotear y aplastar estas manifestaciones de su propio privilegio, puro y precioso, en vez de exaltar, obediente y reverentemente, en Betel o en Dan, cada caso que ocurre, a la mirada de sus devotos profesantes? Si la hija de un protestante leal se va a Roma y entra en un convento, ¿por qué él no exulta por el acontecimiento? ¿Por qué no ofrece un desayuno público, u organiza una reunión, o levanta un monumento, o es-

cribe un opúsculo en su honor, y en el del gran principio inmortal que ella ha justificado tan gloriosamente?

...¿Quién puede conocer tan poco de sí mismo como para no sospechar toda clase de motivos imperfectos y errados en todo lo que intenta? Y existe además la predisposición de la educación y del hábito, y agregadas a las dificultades que resultan de aquí, aquellas que aparecen por la debilidad de la facultad de razonar, por la ignorancia o el conocimiento imperfecto de las lenguas originales de la Escritura, y también de la historia y la antigüedad. Considerando estas cosas, afirmamos como una verdad, acerca de la cual pensamos que pocos deben dudar, que solamente la ayuda divina puede llevar a cada uno, segura y exitosamente, a través de una búsqueda sobre la verdad religiosa... El puede bendecir las circunstancias menos promisorias, puede aún llevarnos adelante por medio de nuestros errores, puede transformar nuestros errores en una revelación, *puede convertirnos*, si quiere, a través de una verdadera obstinación, o de la propia voluntad, o de la superstición, que se mezclan con nuestros mejores sentimientos... Nuestro negocio es preguntar con San Pablo, cuando fue detenido en medio de su frenesí, "Señor, ¿qué quieres que haga?". Esta es la simple pregunta. El puede bendecir nuestro estado presente, puede bendecir nuestro cambio. ¿Qué desean bendecir? Si un wesleyano o un independiente vienen a nosotros apartados de este espíritu, no nos enorgullecemos mucho de nuestro converso. Si viene a nuestro encuentro porque piensa que tiene derecho a juzgar por sí mismo, o porque las formas no tienen importancia, o meramente porque el sectarismo tiene sus errores e inconveniencias, o porque una iglesia establecida es un medio eficaz de difundir la religión, sencillamente piensa que la elección de una comunidad religiosa no es un asunto más serio que la elección de un barrio o una agencia de seguros. De la misma manera, si miembros de nuestra comunión la dejan para ir a Roma, por la belleza estética de ésta, y la grandeza de sus pretensiones, nos da pena, pero que tengan buena suerte; podemos estar sin ellos. Y si católicos romanos o hermanos disidentes vienen a nosotros, porque sus propias iglesias están atrasadas, insisten en dogmas aristotélicos e interfieren con la libertad de pensamiento, tal conversión no es un triunfo sobre el papismo, sino sobre San Pedro y San Pablo. Nuestra única seguridad reside en la obediencia. Nuestro único consuelo en tenerla a la vista.

(Essays Critical and Historical, II, pp. 338-343)
(Traducción del autor)

9 ...No hablamos de una persona u otra, sino de la generalidad de aquellos que han hecho un deber de la animadversión con los recientes conversos a la Iglesia Católica. No estamos aquí clamando misericordia, sino pidiendo justicia, demandando la común imparcialidad inglesa. Tenemos derecho a esperar, pero no encontramos, ese juicio considerado, compasivo y comprensivo

sobre sus conductas, que en vez de fijarse en puntos particulares aislados, las ven como un todo, aprovechando lo bueno, que es su carácter general, escondiendo sus faltas incidentales, haciendo que una parte explique la otra, lo que es fuerte aquí excuse lo que es débil allí, y que la sinceridad de intención expie la debilidad de su ejecución, un juicio que tenga consideración de las circunstancias, de las aflicciones de una excitación casi necesaria, de la necesidad de actuar bajo el criticismo, sin precedente, y de alcanzar un cierto fin cuando todos los caminos que conducen a él tienen sus respectivas dificultades propias. No estamos defendiendo sus grandes y trascendentales decisiones en sí mismas, sino las peculiaridades que han acompañado su ejecución. Si haber tanto como esto, es considerado, después de todo, como pedir misericordia, no equidad, es solamente esa misericordia, para decir lo menos, que tanto las partes que censuran como las censuradas, requerirán en el día que vendrá. En la bien conocidas palabras del poeta:

*"En la línea de la justicia, ninguno de nosotros
verá la salvación; oremos pidiendo misericordia,
y que esa misma oración nos enseñe a devolver
actos de misericordia".*

Y nosotros, de nuestra parte, mostraremos a estos, nuestros buenos amigos, tanta consideración como para permitir que, al menos, no aprueben sus censuras gratuitamente. No los creemos justificados en esas censuras, pero somos capaces de entrar en la razones por las cuales las aprueban. Tales censuras son necesarias para su propia posición. Cuando hombres educados, talentosos, de vida intachable, hacen grandes sacrificios, dejan su lugar en la sociedad, sus amigos, y los medios de vida, para entrar en otra comunión religiosa, es un argumento fuerte, tan fuerte como cualquier sencillo argumento, a favor del reclamo de esa comunión sobre el respeto obligatorio de los cristianos en general. Y en los casos que tenemos delante, el argumento habla con particular fuerza de aquellas personas, y no fueron pocas, que se unieron a los conversos por motivos de amistad, parentesco o ejemplo que se les ofrecía, y siendo este el caso, no se podía decir cuán lejos podría difundirse su influencia. En consecuencia, llegó a ser muy necesario para aquellos que no tenían dudas o dificultades para mostrar a todos quien vacilaba o podía vacilar, que hubiera algo culposo en el modo por el cual las partes separadas se habían dividido gravemente de su comunión original, alguna falta como para invalidar cada testimonio, y destruir su fuerza lógica y retórica. Era un gran punto decir, para estar a la altura de la circunstancias, que no había ni uno solo de ellos que no pudiera haber actuado mejor de lo que lo hizo, y considerando que por el hecho de la separación no habían mostrado piedad hacia la Iglesia de Inglaterra, hacia sus doctores, teólogos vivos o prelados, no había ninguna obligación de delicadeza en el trato con ellos, ni razón alguna para no imputarles motivos o hacer re-

ferencias personales acerca de ellos, libremente y sin escrúpulos. Si los motivos no pudieran ser conjeturados de modo verosímil, las tendencias culposas, al menos, podrían ser descubiertas en sus distintos caracteres o ser asignados defectos hipotéticos como inquietud o frivolidad. Como si realmente existieran en su conducta en cuanto "causas humanas", como Gibbon las llama. Y si todo lo demás falla, se le debe arrojar palabras, y debieran ser acusados de "racionalismo". No, desde que ningún hombre viviente es perfecto, y tales coyunturas críticas sacan a relucir la mente de un individuo tal como es, poniendo en juego y desarrollando sus cualidades y facultades, y aumentando al mismo tiempo, como un lente, aún sus mínimas peculiaridades, y representando sus formas y colores más borrosos, debemos conceder fácilmente que *nunca ha habido un caso de conversión, excepto bajo la influencia de una extraordinaria inspiración, que no debiera haber procedido más santamente, más sabiamente, más religiosamente que como lo hizo, que nunca ha habido un caso que no presentara una oportunidad de crítica para aquellos que tengan el corazón o sientan la necesidad o piensen que es un deber, criticar.*

Tal es la condición de todos nosotros en este mundo. "Posuisti iniquitatis nostras in conspectu tuo, saeculum nostrum in illuminatione vultus tui". Queridos amigos, no tenéis que buscar muy lejos, "habetis confidentem reum", él se confiesa culpable, ha dejado una dignidad o un beneficio, o ha perdido el derecho de herencia, o ha arruinado el porvenir o las provisiones actuales de su mujer e hijos, o dañado su reputación para juzgar o discernir, ha hecho alegremente de sí mismo una mofa, sometiéndose como una presa a los periódicos, se ha hecho extraño a sus hermanos. Y además, y en medio de todo esto, es verdad, ha dicho palabras fuertes que hubiera sido mejor no haber dicho, y proferido sarcasmos (sus sucesivas revelaciones no han estado rigurosamente al día con el crecimiento de los reuelos), hablando a aquellos con quienes debiera haber sido reservado, y siendo silencioso cuando debiera haber hablado. A veces no sabía dónde estaba parado, y quizás prometió lo que no podía cumplir. De sus sacrificios, ni piensa ni dice nada. Lo que verdaderamente sabe y piensa, es en sustancias exactamente lo que vosotros urgís contra él retóricamente, sí, y antes que le urgierais. Su examen de sí mismo ha precedido la disección que hicisteis de él. Lo que vosotros proclamáis al mundo, él lo confiesa sin rencor, esto es, que ha actuado "secundum captum suum", de acuerdo a lo que es, no como un ángel, sino como un hombre. *En el proceso de su conversión ha tenido que luchar con la incertidumbre de la mente, con las obligaciones de una posición real y las dudas de si era insostenible, con la perplejidad de cumplir muchas obligaciones y de reconciliar conflictos. El no es perfecto. Nadie lo es, ni tampoco los que le acusan. El podía desquitarse de ellos, podía sugerir gratuitamente razones para que mantuvieran sus posiciones, como podían ellos sugerirlas para que abandonara las propias. Es fácil imputar motivos,*

pero sería indigno de él hacerlo. Deja sus críticas en manos de aquel Juez a quien él mismo apela. ¡Quiera Dios que aquellos que han hablado o escrito duramente de los recientes conversos a la Iglesia Católica, reciban en el Gran Día un juicio más indulgente que el que han dado en este caso!

(Essays Critical and Historical, II, pp. 424-427)

(Traducción del autor)

10 Está claro que la conclusión lógica formal no es el método por el que de hecho llegamos a obtener certeza acerca de lo concreto; y está claro también, después de lo que hemos apuntado, cual sea el método verdadero y necesario. Es la acumulación de probabilidades mutuamente independientes que resultan de la naturaleza y de las circunstancias del caso concreto de que se trata; probabilidades que son demasiado tenuous para que puedan valer por separado, demasiado sutiles y tortuosas para que puedan convertirse en silogismos, y aún cuando fueran convertibles, demasiado numerosas y variadas para una tal conversión...

Supongamos que quiero convertir a un protestante educado e inteligente presentándole para que lo acepte un silogismo de la forma siguiente: "Todos los protestantes tienen obligación de entrar en la Iglesia Católica; tú eres un protestante; ergo..." Diremos que su respuesta será negar ambas premisas; y esto lo hace usando argumentos que se ramifican en otros argumentos, y éstos en otros; cada uno de estos argumentos ha de ser considerado según sus propios méritos antes de llegar al silogismo; y, por consiguiente, el conjunto llega a constituir una verdadera hueste de ejercicios inferenciales de una magnitud y una variedad más allá de todo cálculo. Más aún, tiene obligación de someterse a este complicado proceso por la misma naturaleza de las cosas: obraría temerariamente si no lo hiciera, porque él es un ser concreto e individual, y por ello está sujeto a tantas leyes y puede ser a la vez objeto de tantos predicados, que no puede determinar de antemano su posición y su deber según la ley y la predicación de un silogismo particular. Quiero decir que podrá decir con razón "distinguo" a cada una de las premisas. Dirá: "los protestantes tienen obligación de entrar a la Iglesia Católica 'en ciertas circunstancias' " y "yo soy un protestante 'en un cierto sentido' ", y por consiguiente el silogismo, a primera vista, no le toca a él para nada.

Así pues, antes de conceder la mayor, preguntará si en realidad todos los protestantes están obligados a entrar en la Iglesia Católica, si están obligados también en el caso en que ellos no sientan tal obligación, en que ellos estén satisfechos de que la religión que ya tienen es una religión segura, en el de que estén seguros de que su religión es la verdadera; si están obligados también aunque tengan dudas graves acerca de la fidelidad doctrinal o la pureza de la Iglesia Católica, aunque estén convencidos de que está corrompida, aunque su conciencia rechace instintivamente algunas de sus doc-

trinas, aunque la historia les haya convencido de que el poder del Papa no es de derecho divino, sino meramente algo en el orden de una simple providencia. ¿Están obligados si viven en una tierra pagana en la que no hay sacerdotes? ¿Están obligados si viven en un país donde no hay más que un sacerdote que les obliga a profesar como condición para ser admitidos en la Iglesia una verdadera acerca de la cual no se dice nada en el credo del Papa Pío IV, como por ejemplo, que la Santa Sede es falible aún cuando enseña con autoridad, o que el poder temporal es una corrupción anticristiana? Nuestro protestante cree que por alguna de estas razones no tiene obligación de cambiar de religión; pero de súbito se pregunta, ¿puede un protestante llegar a un estado en el que realmente esté satisfecho de su propia religión, como hace un momento profesaba? ¿Puede llegar a creer que el protestantismo puede haber venido del cielo? Y esa porción del protestantismo que él cree que es de origen sobrenatural, si se examinan las cosas hasta sus orígenes, ¿no le viene al protestante por derivación de la Iglesia Católica? ¿No es el protestantismo en sí mismo una negación? ¿No existía el catolicismo antes que él? ¿Puede tener certeza de que alguna de las doctrinas de la Iglesia Católica no es de origen sobrenatural? Y así nuestro protestante se encuentra con que ha de decidir qué es corrupción, cuáles son las señales de la misma, qué es religión, si hay obligación alguna de profesar una religión determinada, cuáles son los criterios de verdad y falsedad en materia religiosa, y cuáles son los derechos peculiares de la Iglesia Católica.

De manera semejante, por lo que se refiere a la premisa menor, tal vez responderá que él no es un protestante, que es un católico de la primitiva e indivisa Iglesia, que es católico, pero no papista. Luego, ha de resolver la cuestiones acerca de lo que es división, cisma, la unidad visible, lo que es esencial y lo que es tan sólo deseable, los estadios provisionales en lo que se refiere a las pretensiones de la Iglesia y su compatibilidad con la libertad de juicio y la responsabilidad, la naturaleza del alma de la Iglesia en contraposición al cuerpo de la misma, lo que se llama la posición providencial y la responsabilidad de todo cambio, la sinceridad de su propósito de seguir la voluntad divina dondequiera que le lleve, la capacidad intelectual que tiene para investigar tales cuestiones.

Ninguno de estos puntos, a medida que se van presentando ante su mente, puede ser simplemente demostrado; pero cada uno de ellos se presenta con un cierto número de argumentos probable independientes, los cuales son suficientes, una vez que han sido reducidos a unidad, para llevar a una conclusión razonable sobre el punto en cuestión. Primero determinará que la cuestiones son realmente tales como él las puede entender razonablemente con los talentos o dotes que posee. Luego pasa a dar un juicio definitivo sobre ellas, después de haber deliberado. Luego determina cada una de ellas de una forma o de otra en lo que dice relación

al silogismo desnudo que originariamente le presentamos para que lo aceptara. Y así, decimos nosotros, llega a la conclusión de que debe aceptar tal silogismo como verdadero en su propio caso; de que él es un protestante en tal sentido, de tal naturaleza, de tal conocimiento, en tales circunstancias que ciertamente tiene el deber de entrar en la Iglesia Católica; que esta es una conclusión de la que puede estar cierto y de la que debe estar cierto, de forma que incurriría en grave responsabilidad si no la aceptara como cierta y si no obrara de acuerdo con esta certeza. A esta conclusión llega él evidentemente, no por una enumeración verbal cualquiera de todas las consideraciones minuciosas, pero abundantes, delicadas, pero efectivas, que una vez reunidas le han llevado a ella, sino *por una comprensión mental de todo el caso en su conjunto y un discernimiento de su significado global*, a veces después de larga deliberación, pero a veces también por un acto caro y rápido de su entendimiento. En todo caos se trata como de una recapitulación no escrita, algo como la suma de los términos de una serie algebraica.

A mi entender, éste es el único raciocinio valedero en cosas concretas. Sus características son tres: la primera, que no viene a sustituir el tipo de inferencia lógica, sino que es idéntico con ella; con la diferencia de que *ya no es una abstracción, sino que ha sido llevado a las realidades de la vida*, y sus premisas han sido impregnadas con la sustancia y la fuerza de aquella masa de probabilidades, las cuales, actuando una sobre otra como corrección o confirmación, llegan a una convulsión sobre el caso individual, que es lo que se pretendía.

En segundo lugar, es obvio, después de lo dicho, que tal proceso de raciocinio *es más o menos implícito y sin la directa y plena advertencia de lamente que lo ejerce*. De la misma manera que por medio del sentido de la vista podemos distinguir a dos hermanos sin que en realidad podamos expresar qué es aquello por lo que los distinguimos; de la misma manera que a primera vista podemos tal vez confundirlos, pero al conocerlos mejor ya no vemos la semejanza entre ellos; a la manera como se requiere un ojo de artista para poder determinar qué líneas y sombras hacen que un rostro parezca joven o viejo, amable, pensativo, airado o presuntuoso, porque el principio de discriminación en cada uno de estos casos, aunque real, es sólo implícito, *así nuestra mente no es capaz de llevar a cabo un análisis completo de los motivos que la llevan a una conclusión particular, y está movida y determinada sólo por una prueba global, que es únicamente reconocida en su conjunto y no en sus partes constituyentes*.

En tercer lugar, está claro que en la investigación del método de inferencia concreta no hemos dado paso alguno para hacer que la inferencia pierda su carácter condicional, pues sigue siendo tan dependiente de sus premisas como lo era su idea inicial. Por el contrario, más bien hemos hecho el problema más oscuro, puesto que el silogismo al menos constituye, una vez que han

sido concedidas las premisas, una demostración, mientras que un cúmulo de probabilidades, además de su carácter implícito, varía en lo que se refiere al número y al supuesto valor de las mismas según la inteligencia particular que de ellas se ocupe. De ahí se sigue que lo que constituye una prueba para un entendimiento no lo será para otro, y que la certeza de una proposición consiste propiamente en la certeza de la mente que la contempla. Por supuesto, esto puede afirmarse sin prejuicio de la verdad o falsedad objetivas de las proposiciones, puesto que no se sigue que estas proposiciones sean de una parte no verdaderas, pero basadas en la razón, y de otra no falsas, pero basadas en una razón falsa, por el mero hecho de que no todos los hombres la distinguen de la misma manera

(*Grammar of Assent*, pp. 288-293)

Ed. Herder op. cit.

11 Aquellos que están avanzando hacia la Iglesia, no habrían avanzado tan lejos como tenían que hacerlo, porque, seguramente, no tuvieron suficientes argumentos que los llevaran más allá. No, lo que retarda su progreso no es ninguna debilidad en esos argumentos, sino la fuerza de consideraciones opuestas, especulativas o prácticas, que se dirigen algunas veces contra la Iglesia, y otras contra la propia sumisión de ellos a su autoridad. No tendrían duda alguna acerca de su obligación, sino fuera por los cargos contra ella, o las reconvenções dirigidas contra ellos, en un caso donde existen tantos estímulos, sea por sentimientos equivocados, debilidad o aún error de conciencia. Tales personas, pues, son un clamor para nosotros, han de ser fortificadas en sus correctas percepciones y en sus buenas resoluciones, contra las calumnias, prejuicios, errores e ignorancia de sus amigos y del mundo, contra la indudable influencia ejercida en sus mentes por la dificultades reales, que inevitablemente rodean una religión tan profunda y múltiple en filosofía, y que ocupa tan vasto lugar en la historia de las naciones. Sería asombroso, ciertamente, si una enseñanza que abarca toda la verdad espiritual y moral, desde lo más importante a lo menos importante, no presentara misterios y aparentes inconsistencias. Sería asombroso que pudiera atacar el orgullo y la sensualidad que son comunes a toda nuestra raza, sin despertar el odio, la malicia, los celos y la oposición obstinada del hombre natural. Asombroso que pueda ser el objeto de los celos y el escrutinio incansable de diez mil adversarios, de la coalición del talento con la prudencia, de mentes agudas, de gran visión, comprehensivas, originales y poseedoras del más profundo y variado conocimiento, sin que sea hecha alguna clase de acusación contra ella. Sería asombroso, sobretudo, si la vasta multitud de objeciones, que resultan de haberse expuesto a tales circunstancias como estas, actuando sobre la timidez, la escrupulosidad, la inexperiencia, la meticulosidad intelectual, el amor del mundo, o la auto-dependencia de los individuos, no

hubieran sido suficientes para mantener a muchos fuera de la Iglesia, quienes, a pesar de tantas objeciones, tenían razones buenas y satisfactorias para entrar en comunión con ella. Esta es la sencilla razón por la cual muchos son traídos cerca de la Iglesia y luego vuelven atrás o son tan lentos en someterse a ella.

Ahora bien, como ha sido dicho más arriba, donde existe separación del mundo, una penetrante aprehensión del mundo invisible, y una simple determinación a hacer la divina voluntad, tales dificultades no tienen comúnmente resultado, si los hombres han tenido suficiente oportunidad, como vemos todos los días, no resultan para desalentar a aquellos cuyos corazones son rectos y cuyas mentes son incapaces de extensas investigaciones, de reconocer las Notas de la Iglesia y actuar sobre ellas. No resultan con los pobres, los que no tienen educación, los ingenuos, los resolutos y los fervientes, pero son formidables cuando existen motivos de fondo, amables o indignos, para torcer la voluntad. Cada uno está obligado, por la ley de su naturaleza, a actuar por la razón, aunque a nadie le gusta hacer un gran sacrificio innecesario.

Tales dificultades, pues, valen para inclinar la balanza, y detener a los hombres en el protestantismo, cuando están abiertos a la influencia de la sensibilidad hacia los amigos, dependencia de sus superiores, consideración a su posición, miedo de los inconvenientes presentes, indolencia, amor a la independencia, pánico al futuro, atención a la reputación, deseo de coherencia lógica, apego a nociones apreciadas, orgullo de la razón o repugnancia a ir a la escuela de nuevo. A nadie le gusta dar un paso tremendo, sólo por sí mismo, sin sentir la seguridad de que está en lo cierto. A nadie le gusta mantener mucho la duda de si debe darlo o no. Desea estar afirmado, y fácilmente trata de captar objeciones o de oír voces disuasivas, que le permitan dejar la búsqueda o posponerla "sine die". Aún así, aquellas mismas personas que voluntariamente ocultan la verdad de sus ojos con objeciones y dificultades, no obstante, si realmente se esforzaran por mirarla a la cara y someterse al poder directo de los argumentos católicos, tendrían a menudo fuerza y coraje suficiente para dar el temido paso, y se encontrarían, casi antes de saber lo que han hecho, en el puerto de la paz.

Estas son algunas de las razones para la particular línea de argumentación que el autor ha seleccionado y en lo que ha estado diciendo como explicación, no debe suponerse que haya olvidado que la fe depende de la voluntad, no realmente de ningún proceso de razonamiento, y que la conversión es un simple trabajo de la gracia divina. El no desea otra cosa que dar juego libre a la conciencia, removiendo esas perplejidades en la prueba del catolicismo, que guardan al intelecto de ser afectado por su lógica y dan al corazón una excusa para jugar con él. La ausencia de tentación o de otra desventaja moral, aunque no es la causa directa de la conducta virtuosa, es una gran ayuda hacia ella. Y, de la misma manera, limpiar el camino, de alguien que busca, de las objecio-

nes a la verdad católica, es favorecer su conversión haciendo lugar a la oportuna y eficaz operación de la gracia divina. Las personas religiosas hacen lo que es correcto a pesar de la tentación. Las personas de mentes sensibles y fervientes continúan creyendo a pesar de las dificultades. Pero cuando el deseo de la verdad es lánguido y el propósito religioso débil, tales impedimentos bastan para prevenir la convicción, y la fe no será creada en la mente, aunque haya abundantes razones para ello. En estas circunstancias, es casi tanto como un acto de caridad intentar remover las objeciones a la verdad, que sin excusa se transforman en la excusa para la incredulidad, como remover la ocasión de pecado en cualquier otro ámbito del deber.

(Difficulties of anglicans, I, prefacio pp. IX-XII)
(Traducción del autor)

12 Por supuesto, como dice Ud. un converso viene a aprender y no a seleccionar y elegir. Llega con simplicidad y confianza y no se le ocurre pesar y medir cada acción, cada práctica con la que se encuentra entre aquellos con los que se unió. Llega al catolicismo como a un sistema viviente, con una enseñanza viva, y no a una mera colección de decretos y cánones que por sí mismos son, por supuesto, el marco, pero no el cuerpo y la sustancia de la Iglesia. Y ésta es una verdad que concierne, que obliga incluso a aquellos que nunca conocieron otra religión, no sólo al converso. Por sistema católico entiendo esa regla de vida y esas prácticas de devoción, que buscaremos en vano en el Credo del Papa Pío. El converso llega no sólo para creer en la Iglesia, sino también para confiar y obedecer a sus sacerdotes, y conformarse en la caridad con su gente. No resultaría para él, resolver que nunca diría un Ave María, o se aprovecharía de una indulgencia, o aceptaría las dispensaciones de la Cuaresma, o mencionaría un pecado venial en confesión. Todo esto sería no sólo irreal, sino demasiado peligroso, pues indica un estado de mente errado que no puede ver para recibir la bendición divina. Más aún, llega al ceremonial, a la teología moral, a las reglas eclesásticas que encuentra en el lugar donde su suerte está echada. Y nuevamente, en lo que se refiere a cuestiones de política, de educación, de conveniencia general, de gusto, él no critica ni hace controversia. Y por eso, sometiéndose a las influencias de su nueva religión y no arriesgando la pérdida de la verdad revelada por intentar discriminar, a partir de una regla privada, a cada momento, su sustancia de sus accidentes, es gradualmente adoctrinado en el catolicismo, hasta tener al final derecho a hablar tanto como a oír.

(Difficulties of anglicans, II, pp. 18-19)
(Traducción del autor)

13 Hermanos, vosotros conocéis lo que dijo Nuestro Señor cuando se fue, acerca de volver, no sólo de repente sino pronto. Bien, en el sentido en el cual he ve-

nido hablando, El está siempre llegando. Una y otra vez llega a Su Iglesia. Llega siempre como un fuerte guerrero trayendo consigo nuevos cautivos de Sus flechas y Su lanza. Esa misma maravilla de un trabajo interior en las almas de los hombres a gran escala, que hizo al principio, la está reiterando y renovando siempre en la historia de la Iglesia hasta nuestros días. *Multitudes están siempre entrando a raudales en Ella, como los peces en la red de Pedro, más allá de su propio pensar y actuar, por la inmediata y secreta operación de la gracia de Cristo. Este es, enfáticamente, el caso de hoy. Se ve a gran escala por toda la cristiandad.* Cincuenta años atrás la religión parecía casi extinguida. A los ojos de los hombres estaba simplemente declinando y consumiéndose todo, a través del último siglo. Había ciertamente en este siglo santos y doctores y predicadores celosos y pueblo fiel, como hasta ahora, pero esto el mundo no podía verlo. El poder político y la influencia social de la religión era siempre menos y menos, y al fin, una revolución europea llegó y en el juicio del hombre todo se perdió. Pero es en sus más profundos infortunios, comenzó su más maravillosa ascensión. Se afianzó una reacción, que progresó sin parar, con todos los signos del progreso todavía. Y su progreso, digo, revela el mismo fenómeno que leemos en la historia de los primeros tiempos, pues mientras la Iglesia había estado rezando y trabajando en su propio campo, *conversos, más allá de ese campo, a quienes ella no estaba contemplando, le fueron añadidos de todos lados, como al principio.* Alemania e Inglaterra, las sedes especiales de sus enemigos, son la verdadera escena de este espontáneo aumento. Para sorpresa de todos los que los conocen, y a menudo para su propia sorpresa, aquellos que temen a la Iglesia o rechazan sus doctrinas, se encuentran a sí mismos atraídos cerca suyo, y al final, entregados a ella y proclamando su soberanía. Aquellos que nunca le hablaron a un sacerdote católico, que nunca han entrado en una iglesia católica, aún aquellos que han aprendido su religión desde la Biblia protestante, en la realidad de los hechos, por la decisiva Providencia de Dios, han sido llevados a través de esa misma lectura a reconocer a la Madre de los Santos. Su mismo nombre, su simple clamor, obliga a los hombres a pensar en ella, a preguntar acerca de ella, a querer que sea lo que dice ser, a someterse a ella, no por alguna razón determinada, salvo las necesidades de la humana naturaleza y la virtud de esa gracia que trabaja secretamente alrededor de la Iglesia, sin que se la vea.

(Sermons preached on various occasions, IV, pp. 56)
(Traducción del autor)

14 Charles se sentó y miraba a Willis con tal ansiedad que este decidió ir al grano: "Reading, me he hecho católico".

Charles se echó atrás en la silla y palideció.

Willis: Bueno, ¿qué pasa?, dime algo.

Charles seguía en silencio; por fin, echándose hacia

delante, con los codos en la rodillas y la cabeza entre las manos, profirió un gemido: "Oh, Willis, ¿qué has hecho?".

Willis: ¿Que qué he hecho? Lo que deberías hacer tú y medio Oxford también. Reding, ¡soy tan feliz ahora!

Charles: Ay, ay, ay. ¿Qué pinto yo aquí entonces? Que te vaya bien, Willis. Adiós.

Willis: No, no, nada de eso. Después del viaje que te has dado, tú no te vas tan de prisa de aquí. Siéntate, hombre, que estás en buena compañía. Nosotros vamos a almorzar enseguida; y tú también ¿de acuerdo? (quitándole el sombrero y Charles dejándole hacer).

Charles: Willis, por el amor de Dios, te has apartado de nosotros para siempre. Tú te vas por tu camino y nosotros por el nuestro; dos caminos diferentes.

Willis: No creas. Haz como yo y así seguiremos el mismo camino.

Charles (francamente ofendido): Bueno, ahora sí que me largo (poniéndose de pie). Eso no te lo aguantó.

Willis: Bueno, te pido perdón; no lo haré más. Es que no puedo evitarlo, me encuentro en un estado extraordinario, ¡tan feliz, tan feliz!

Charles: A Ver, Willis, dime, ¿cómo están las cosas exactamente? ¿En qué sentido eres "católico"? ¿Por qué no vas a venir conmigo a Oxford?

—Perdón por la intromisión pero Mr. Willis ha sido recibido formalmente en el seno de la Iglesia Católica.

Willis: Lo siento, no os he presentado. Reding, te presento a Mr. Morley. Morley, Mr. Reding. A él debo mi conversión. He estado de viaje con él por el extranjero. En Francia encontramos un buen sacerdote que recibió mi abjuración.

Charles: Creo que, antes, el sacerdote bien podía haber hecho un repaso de tu estado de ánimo. Tú, Willis, no eres la persona más adecuada para hacerse católico.

Willis: ¿Cómo?

Charles: Más que un católico, tú eres un disidente. Y perdona que te lo diga así de claro. Tú te has agarrado a la Iglesia de Roma no como un niño se agarra a su madre sino como quien anda perdido, vacilando; como una especie de antojo o (perdona) como un crío encaprichado con algún juguete. Y te has ido detrás de tu objetivo desobedeciendo a tus superiores.

Esto era muy fuerte para Willis, que trajo a colación aquel texto sobre "obedecer a Dios antes que a los hombres".

Charles: Que has desobedecido a los hombres ya lo veo; lo que está por ver es si has obedecido a Dios.

A Willis le pareció tan grosero que prefirió no contestar. Pero sí lo hizo Morley.

Morley: Si usted conociera mejor las circunstancias, juzgaría de otra manera. Mr. Willis es el tipo de persona adecuado para abrazar la fe católica y será un excelente católico. La culpa no la tiene el venerable sacerdote francés sino yo. El vio su devoción, su humildad, sus disposiciones tan firmes; pero su grado de instrucción lo conoció a través de mí, que hablo francés mejor que

Mr. Willis. De todas formas, hablaron ellos dos también bastante en francés y latín. No era posible rechazar un postulante así...

Charles: Mire, he podido ser injusto con él y con usted. Sin embargo, me parece que esto acabará mal.

Morley: Si me lo permite, usted está juzgando cosas que desconoce. Usted no sabe lo que es la religión católica. No sabe lo que es la Gracia o el don de la Fe.

Decía esto un laico. Su seriedad impresionaba más porque iba unida a un tono de calma y sus modales tranquilos le hicieron sentir a Charles su descortesía; quizás había sido demasiado vehemente en presencia de un extraño, pero esto no añadía ninguna fuerza a sus oponentes. Se paró a pensar ante de contestar. El no conocía la doctrina católica, eso era verdad, era sí conocía a Willis y no podía callarse su opinión de que aquello acabaría mal.

Morley: Yo no puedo juzgar a los anglicanos pero lo que sé es que la Iglesia Católica es la única Iglesia verdadera. Yo puedo estar equivocado en muchas cosas pero en esa no. Y también sé otra cosa: que la fe católica es Una y que ninguna otra Iglesia tiene Fe. La Iglesia de Inglaterra no tiene Fe. Usted, mi querido señor Reding, no tiene Fe.

Las polémicas de Oxford pasaron en tropel y al galope por la mente de Charles; pero se rehizo enseguida.

Charles (sonriendo): Usted no esperará que yo, que no soy más que un muchacho, sea capaz de discutir con usted, o de defender a mi Iglesia, o explicar su doctrina. Me conformo con afirmar lo que ella afirma, sin ser un teólogo. Es lo que se me ha enseñado en Oxford, donde estoy estudiando todavía. Perdóneme, por tanto, que no me ponga a discutir con usted. Con Mr. Willis puedo discutir porque somos iguales y nos entendemos; pero ya le digo, no soy teólogo.

Willis: Pero hombre, lo único que yo te digo es: "Ven y verás". No te quedes en la puerta disputando; entra en la gran casa del espíritu, entra y adora.

Charles: Dios quiere que nos guiemos por la razón. No digo que la razón lo sea todo pero es algo. Y no debemos actuar sin contar con ella, ni en contra de ella.

Willis: la duda es una situación espantosa, peligrosísima, ¿no te parece? No hay situación segura; sólo la fe. ¿Puede estarse seguro sin fe? ¿Tenéis fe en vuestra iglesia? Os conozco lo suficiente como para poder decir que no. ¿Y tú qué?, ¿cuál es tu situación?

Charles: Mira, Willis, no me has entendido nada. Por la cabeza pasan miles de ideas, y si te dedicas a tomar nota de esas ideas sueltas y las sacas a relucir fuera de contexto, puedes acusarles a uno de lo que te dé la gana. Tú debes estarte refiriendo a medias palabras mías, o de otro, cosas que yo ya ni recuerdo, y que no reflejan mi modo de pensar. Vamos a ver, ¿no doy yo culto a Dios? Y ese culto ¿no supone fe? Pues ya está. Tengo mucho que aprender todavía, ya lo sé, pero quiero aprenderlo a la sombra de la Iglesia en la que me he criado y en la que estoy muy a gusto.

Wilis: está demostrando que no tiene Fe, que está en duda. Querido Charles, ya no podrás alegar ignorancia invencible después de lo que ha pasado entre nosotros. Tú imagínate por un momento que el Catolicismo tiene la verdad. ¿No es una oportunidad de que te conviertas? Y si no lo haces. ¿Crees que es un buen momento para morir?

Reding no sabía qué contestar. No era capaz de analizar tan rápido y poner palabras a las respuestas que su razón le sugería para las acometidas de Wilis. Morley, mientras, había guardado silencio, pero intervino al ver que Charles no contestaba. En la Biblia se veía que todos los que Dios llamaba respondían con prontitud; el Señor no permitía siquiera que uno se retrasara enterrando a su padre. Sí, dijo Charles, pero en ese caso la voz de Dios de oyó físicamente porque El estaba con nosotros sobre la tierra, encarnado. *Y ahora, el problema era determinar dónde estaba la voz de Cristo y si la Iglesia de Roma hablaba o no con la voz de Cristo. Había que ser prudentes; Cristo no podía pedirnos otra cosa y él estaba seguro de ocupar el sitio que la Providencia había previsto para él. Caso de tener dudas acerca de si Cristo le llamaba a otro sitio (lo cual no era el caso), pensaría que Cristo le llamaba por el camino de un riguroso examen de sí mismo. La prudencia, la prudencia era el camino señalado por Dios para llegar a la verdad.*

Wilis: ¡Prudencia! La de Santo Tomás cuando quería ver para creer, ¿no es eso? (Charles perplejo). Ya veo (tomándole el brazo); vente conmigo a ver a un sacerdote que vive a dos calles de aquí. Tienes que convertirte hoy mismo. Venga, toma el sombrero.

Para entonces ya estaba caso fuera del cuarto. A pesar de semejante atropello, Charles se echó a reír, se soltó el brazo y se sentó con toda intención.

—Menos prisas, que yo no soy de esa clase de personas.

Wilis: Bien, pero por lo menos tienes que ir a un retiro. Tienes que ir enseguida. Morley, ¿sabes cuándo da el próximo Mr. de Mowbrey, o el Padre Agostino? Reding, esto es lo que tú necesitas, lo que necesita todo el mundo en Oxford. Supongo que no me dirás que no.

Charles (mirándole, y con una sonrisa): Mira, no me va eso. He venido por si te podía ayudar en algo; ya veo que no. Así que me voy a Oxford; tengo que irme ya. Quizá aún podría servirte de algo pero dejémoslo. ¡Cómo me duele esto, no te puedes ni imaginar!

Cepillando el sombrero con los guantes, parecía dispuesto a irse ya pero no terminaba tampoco de levantarse. Aquí entró Mr. Morley, que *habló como un caballero y como un hombre de profunda piedad, pero también con una gran ignorancia sobre los protestantes y sobre cómo había que tratarlos.*

—Perdóneme, Mr. Reding, si digo algo antes de que se vaya. Comprendo la lucha que ahora tiene en su mente y no es mi intención ser duro o decir algo que pueda molestarle pero la lucha entre la convicción y las razones humanas son cosa de siempre. ¡Ojalá en su caso la lucha termine felizmente! No se moleste si le digo

que los lazos más queridos y más estrechos, los que a usted le unen con el protestantismo, pueden estar en el lado de las razones humanas. Romperlos es una especie de martirio pero los que lo hacen tienen el mérito de los mártires. En la universidad usted tiene el mérito en ocasiones de dejarse llevar por la corriente en cuanto a ideas, proyectos de futuro, triunfo en la vida, buen nombre entre la gente; todo eso está en contra de usted. Es fácil que ahogue la buena semilla. Yo hubiera querido que usted fuera capaz de seguir enseguida el dictado de su conciencia, pero si el conflicto ha de durar, esperemos que tenga un buen final.

No hay quien convenza a esta gente, pensaba Charles ya en la calle, de que yo no estoy en una situación de conflicto. ¡Qué absurdo! Vengo aquí a ver si recupero a un desertor y me encuentro con que se apoderan de mí casi físicamente y, contra mi voluntad, me fuerzan casi a hacer una profesión de fe. ¿Esto ocurre mucho? ¿O es una especie de sino que tengo yo de verme enredado de controversias religiosas que me superan completamente? ¡Yo católico romano! ¡Con lo tranquilo que estaba yo en mi casa! Pero, a medida que iba pensando, se sentía más y más insatisfecho consigo mismo. Había ido por lana y había salido trasquilado. En realidad, había prescindido de la secreta y verdadera situación de su espíritu; bueno, no, prescindir no exactamente... *El buscaba la verdad*, por supuesto; pero todo protestante se hace preguntas, busca. No sería protestante si no lo hiciera. Por supuesto que estaba buscando la verdad. Era su deber. Una vez su tutor —no se le olvidaría, no— le explicó que el libre examen era un deber. Esa era la verdadera diferencia entre católicos y protestantes; los católicos empiezan por la fe, los protestantes por la interrogación.

Vaya, tenía que habérselo dicho a Wilis. ¡Qué tonto era! Habría simplificado mucho las cosas y les habría demostrado que él estaba bien seguro en sus ideas. ¡Y tan seguro! ¡Estaría bueno! Lástima que no se le hubiera ocurrido antes, en la conversación; pero, bueno, por lo menos, era un alivio que se le ocurriera ahora; eso le reconciliaba consigo mismo.

(*Loss and Gain*, versión castellana, pp. 114-119)

Ed. Encuentro

15 El pobre Charles estaba con la ventana abierta mirando el paisaje cuando entró Campbell. La vista era clarísima ese día: las colinas se recortaban en el aire y el río descendía entre ellas. Campbell llegó hasta él sin que Charles se diera cuenta. Le puso la mano en el hombro.

—¿En qué estás pensando?

Charles se volvió y le miró con tristeza.

—Estoy como Moisés viendo la tierra prometida.

¿Cuándo podré llegar?

—Eso, desde luego, no depende de mí.

—Ha pasado más de un año. ¿Puedo irme ya?

—No esperes que yo o cualquiera de nosotros, ni si-

quiera en apariencia, aprobemos lo que, con todo el afecto del mundo, nos parece un pecado enorme.

—Eso es como decirme: "Obra con libertad". Bien, pues lo voy a hacer.

Campbell tardó en contestar.

—Voy a decírselo a tu madre, la pobre. Mary piensa que se morirá del disgusto.

Charles dejó caer la cabeza sobre las manos, que tenía apoyadas en el alfeizar.

—No. Pido a Dios que la ayude, a ella y a todos nosotros.

—Lo pido yo también, fervientemente. También será un golpe tremendo para tus hermanas. Pero, Charles, ¿cómo no tienes todo eso en cuenta?

Piensa el daño "real" que estás causando a cambio de un bien que... ¿quién sabe?

—¿Tú crees que no he pensado en eso, Campbell? ¿Tú crees que para mí no significa nada romper todos esos lazos de cariño, perder la estima y el amor de tantas otras personas a las que yo quiero tanto? ¡Ha sido la tortura más atroz! Pero la he aguantado, me la he tenido que tragar hasta el fondo. Me he hecho al futuro que me espera y lo acepto completamente. Sí, pierdo mi hogar, pierdo a todos los que he conocido hasta ahora, a todos los que he querido y me han querido, a los que me han apreciado o me han hecho el bien. Sé perfectamente que a partir de ahora me tratarán como a un fantoche; y si me toman en serio, será para echarme encima el desprecio implacable que acompaña a parias y leprosos.

—Charles, Charles, te lo he dicho ya alguna vez: cuidado con la tentación del espectáculo, que es sutil; puede que el mismo sacrificio enorme que quieres hacer te empuje a hacerlo, que lo hagas porque... ¡es algo tan heroico...!

Charles sonrió.

—¿Qué poco me conoces si dices eso en serio! Si eso fuera así, ¡hubiera estado esperando más de dos años! ¿Por qué no me he ido lanzando a convertirme, como otros? No dirás tú que no he actuado con la cabeza, pensándolo bien y obedeciendo. Me he quitado el asunto de la cabeza una y otra vez, y ha vuelto siempre.

—Perdona, Charles, perdóname. Pero estás obnubilado. Al menos acepta la posibilidad que todo sea una pura ilusión.

—Pero ¿ya te has olvidado, Campbell? Eso es precisamente lo que más me ha influido durante todo este tiempo. "A lo mejor todo esto es sueño, me pellizco y despierto". Tú sabes cómo te he hablado de la muerte de mi padre y del cambio que di; lo que antes me parecían convicciones se desvanecieron al instante como las nubes. Y yo le decía: "Ahora pasará lo mismo". Pero no, "las nubes volvieron" una y otra vez, y cada vez más negras de agua. Es un convencimiento arraigado en mí resiste la idea de perder a mi madre, a mis hermanas, a mis amigos. Estoy aquí desperdiciando mi vida, cuando podría ser útil. ¿Sabes por qué lo digo? Porque hay algo que me atenaza; últimamente se ha multi-

plicado por diez. Te vas a extrañar, pero desde hace tiempo no me atrevo a montar, a nadar o a hacer cualquier cosa no rutinaria, no sea que me pase algo y me vaya de este mundo sin haber cumplido "eso" tan importante. No. En este momento "sé", tengo certeza. Mi fe en la Iglesia de Roma es parte de mí; no puedo actuar contra esa certeza sin ir contra Dios.

—Mira... Estoy seguro, completamente, de que todo es ilusión, imaginaciones tuyas. Cuando hayas dado el paso, lo verás. Irás, te atarás solemnemente a un credo extranjero y en cuanto las palabras salgan de tu boca, esa especie de nebulosa que te ciega se te quitará de los ojos y verás la verdad, escandalosamente. ¡Va a ser espantoso!

—También he pensado en eso; lo he pensado mucho. En realidad, eso me ha frenado bastante. Pero ahora lo ve como esas sombras horribles que en los cuentos de hadas acorralan al caballero bueno que tiene que abrirse camino hacia el castillo encantado. Acuérdate del "Thalaba": "El talismán es la fe". Si tengo motivos para creer, tengo que creer, es mi deber. Dios cuidará de Su obra en mí. El no me dejará cuando lo necesite. La fe empieza como una aventura; la recompensa es que "ves".

—Pero la cuestión es si tus motivos son buenos. Lo que yo te digo es: puesto que tus motivos no son buenos, no te servirán de nada cuando las cosas se te pongan mal. Entonces, demasiado tarde, te darás cuenta de que no son buenos, que te estabas engañando.

—Campbell, toda razón viene de Dios. Nuestros motivos, por buenos que sean, son imperfectos. Pero si después de rezar y buscar sin parar, después de obedecer y esperar; o sea, si después de hacer todo lo que está de nuestra parte, esos motivos nos parecen suficientes, entonces es que son la voz de Dios que nos llama, y nos llama. El hace que nos parezcan convincentes. Estoy en sus manos. Sólo cabe una pregunta: ¿qué quieres de mí, Señor? Estoy convencido y no puedo arriesgarme a no actuar. La última semana he estado tomado del todo por esa convicción de forma distinta a otras veces. Y ahora mismo es tan fuerte que esperar más sería resistir a Dios. Que yo me una a la Iglesia Católica es ya sólo cuestión de días. Y yo quisiera, querido Campbell, irme en paz y con amor. Por favor, déjame ir, por favor.

—¿Déjarte ir? Si te fueras a la Iglesia verdaderamente Católica no haría falta preguntar; pero ¿"dejarte ir"? ¿cómo esperas que te dejemos ir, si no lo es? Charles, piensa también en nosotros, no sólo en ti. Ponte en nuestro lugar. Yo nunca te he ocultado mi convencimiento de que la Iglesia de Roma es anticristiana. Tendrá miles de dones, será en muchas cosas superior a nosotros, pero tiene cosas que lo estropean todo. No confío en ella. Y si no confío en ella, ¿cómo voy a "dejarte ir" con ella? ¡No! Es como si alguien me viniera y me dijera "Quiero ahorcarme, déjame", "voy a dormir a la sala de infecciosos, ¿me deja?", "déjame que me tire a un pozo"; pero ¿cómo voy a "Déjarte"?

—Este es el punto terrible. Ya no podemos ir juntos más allá. Yo creo que la Iglesia de Roma es el profeta

de Dios; tú, el instrumento del Diablo.

—Lo que yo creo, de lo que no me vas a sacar, es que si das ese paso, te encontrarás en las manos de una Circe que te cambiará, que hará de tí un animal.

Charles se puso un poco colorado.

—No sigo, Charles; te estoy haciendo daño, y es inútil, no sirve de nada. Lo estamos poniendo peor...

Pasó un rato sin que hablara ninguno de los dos. Entonces se levantó Charles, se acercó a Campbell, le tomó la mano y se la besó.

—Durante este tiempo, te has portado conmigo como el mejor de los amigos, sin ningún interés personal. Tú me has tenido en tu casa pero, créeme, pronto estaremos unidos por lazos más fuertes aún. Dios te lo pague todo, pero... *"Déjame ir, que ya sale la aurora"*.

(*Loss and Gain*, ídem, pp. 291-294)
Ed. Encuentro

16 Reding dio un suspiro. Bien comprendía que cuando cambiara de religión, la opinión de Carlton y de otros acerca de él se alteraría irremediablemente. No podía ser de otra manera. También él sentía que le pasaría igual con Carlton.

—¿No hay ninguna posibilidad de que ahora, a la hora undécima, podamos aún retenerte? Vamos a ver, ¿en qué te apoyas?

—Vamos a dejarlo. Es un asunto terminado. Si quieres que lo haga por pura cortesía, te diré que he cumplido tus indicaciones. Me hiciste leer a los teólogos anglicanos; les he dedicado un montón de horas y lo que voy a hacer es dar mi asentimiento al único credo que contiene junto, todo lo que aparece aisladamente en cada uno, una cosa en uno, otra en otro. *Voy a una Iglesia que en esto y en muchas otras cosas está mucho más cerca de la Iglesia apostólica que cualquiera otra; porque, si la Iglesia apostólica ha tenido alguna continuidad, ella es la continuidad. Al "ver" que es "como" la Iglesia apostólica, "tengo la fe cierta" de que es "la misma"*.

Silencio.

—Te lo repito: ya no hay nada que discutir. *He tomado una decisión; y la he tomado con mucha lentitud. Ya se lo he dicho a mi madre y me despedido de ella, está decidido; no puedo volverme atrás.*

—Bonitos sentimientos.

—¿Me lo reprochas? Tienes que entenderlo. *He tomado una decisión después de ¡años! de pensarlo y estudiarlo. Durante un año o dos, la decisión ha estado ahí pero como algo meramente intelectual, convencimiento humano. Supongo que ahora no se me censurará el que quiera ponerla en práctica. Hay que actuar sobre convicciones; pero cuando uno va zarandeado por los asuntos y las preocupaciones inmediatas de la vida diaria, no es fácil tener siempre presentes en la conciencia esas convicciones que le guían a uno. La conciencia se acostumbra, se amortiguan los impulsos. En resumidas cuentas, que ya no es hora de discutir. Actúo sobre una conclusión que ya está sacada.*

—Y ¿cómo sabes..., no has podido llegar a una con-

clusión errónea, haberte dejado llevar por prejuicios? Una idea se te ha metido en la cabeza y no has conseguido sacártela. Además, sólo cuando uno es capaz de conservar una idea en medio de la barahúnda del día a día es que esa idea es real; y si no, no.

—Te aseguro que conservo mis convicciones; puedes estar seguro. Las tengo permanentemente sobre mi conciencia.

—Sólo a veces, acabas de decir. Debes de tener un convencimiento verdaderamente muy fuerte. Porque piensa la cantidad de gente que se quedará desconcertada, el triunfo que ofreces a los enemigos de la religión, los motivos que das para que la gente piense que "eso es la verdad" no existe. Piensa que está debilitando a nuestra Iglesia. Debes de tener muy buenas razones para quedarte tranquilo y pasar por encima de todo esto.

—Yo lo que puedo decir, *lo que sostengo, es que la única razón capaz de justificar mi decisión es la certeza de que está en juego la salvación de mi alma. Y te confieso solemnemente, queridísimo Carlton, que creo que no me salvaría si me quedara en la Iglesia de Inglaterra.*

—¿Quieres decir que no hay salvación en nuestra Iglesia?

—Yo hablo de mí; no tengo porqué juzgar a otros. Sólo digo que Dios *me* llama y que tengo que seguir su llamada si no quiero arriesgar mi alma.

—¿Dios te llama?, ¿a tí? ¿Qué es eso de "llamadas de Dios"? No me gusta; suena a disidente.

—Bueno, pues está en la Biblia.

—Sí, pero la gente en la Biblia no dice "Dios me llama"; la llamada es algo objetivo que llega desde fuera, que viene de los otros, no un sentimiento interior.

—¿Y cómo va uno a estar seguro de la llamada ahora, en nuestros tiempos, que no hay llamadas objetivas?

—Ahí tienes una buena señal de que la Providencia quiere a cada uno donde le ha puesto.

—Mira, ahí tienes un punto en que el Anglicanismo no es coherente. Bueno, uno de tantos, porque siempre es lo mismo. Vamos a ver: los miembros de la Iglesia de Inglaterra ¿están obligados moralmente a *buscar la verdad* o la reciben como algo dado?; o sea, ¿la buscan por sí mismos o hay alguien que se la proporciona?

Carlton estuvo pensando un momento; parecía no tener una respuesta clara. Por supuesto, sí, debíamos buscar la verdad. Buscar la verdad era parte irrenunciable de nuestro deber moral.

—Entonces no me hables de seguir en el sitio que me ha buscado la Providencia. La verdad, no esperaba que tú respondieras eso, que es lo que dice casi todo el mundo en la Iglesia de Inglaterra. Nos dicen que buscamos, nos dan normas para buscar, nos inducen a ejercitar nuestro juicio privado, pero en cuanto llegamos a una conclusión que no sea la que esperan, te vienen con lo de "tu sitio por Providencia". Y hay más. Dime: suponiendo que todos estamos obligados a buscar la verdad, ¿tú crees que los miembros de la Iglesia

de Inglaterra la buscan como se nos manda en la Biblia? Piensa con qué seriedad habla la Biblia de lo difícil que es encontrar la verdad, de cómo cansa, del deber de sufrir penalidades por la verdad. No creo que la mayor parte de los clérigos, ni la mayor parte de los habitantes de los "colleges", los Heads, los "fellows" –con todas sus buenísimas cualidades, ¿eh?– hayan buscado nunca la verdad. Se han limitado a tomar lo que encontraron y en su vida se han puesto a juzgar por sí mismos. Y si lo han hecho, ha sido de forma superficial, formularia, buscando en la Biblia justificaciones para aquello que estaban obligados a profesar, como los Artículos cuando uno acaba la carrera. Después van y se sientan en torno a una mesa y un copas y, ¡hala!, a hablar de esto o del otro amigo que "ha desertado", a ponerle a caldo y (señalando el periódico que estaba arriba de la mesa) encima a inventarse motivos para su "in calificable traición". Pero, ¡vamos a ver! ¿Quién está más en lo cierto, el que se ha pasado quizás años enteros buscando la verdad, el que ha rezado y ha pedido luz y se ha agarrado a todos los medios a su alcance; o los "intachables caballeros ingleses amantes del orden y de su casa"? ¡No y no! Ellos *hablan* de buscar la verdad con el juicio privado como un deber moral, pero no la han buscado jamás; jamás han empleado su propio juicio. Y están en la Iglesia en que están no porque sea la verdadera sino sencillamente porque están ahí, porque "la Providencia divina" les ha puesto en ese sitio, que, por cierto, es bastante agradable...

Carlton: Charles, espero que no te vayas a Roma sólo porque en la Iglesia de Inglaterra hay algunos poco razonables y comprensivos.

Charles se dio cuenta de que estaba dando pie precisamente a esas *conjeturas sobre los móviles de su conversión* contra la que clamaba indignado...

Carlton: Oye, Charles, ¿tú conoces a algún católico?

Charles: No; bueno, aparte de Wilis, claro; y hace ya dos años que no lo veo. Todo lo que te he dicho ha ocurrido exclusivamente dentro de mi cabeza.

Carlton, con la misma sequedad un poco violenta de antes: Pues prepárate a aguantar cosas cuando los conozcas...

Charles: ¿Qué quieres decir?

Carlton: Que te resultarán bastante rudos y bastante incultos, me temo.

Charles: ¿Y tú qué sabes de ellos?

Carlton: Yo sólo me lo temo.

Charles: Bueno, ¿y qué?

Carlton: Debes pensar en eso también. Nuestros clérigos son gente educada, caballeros. Tendrás que tragar más de lo que piensas cuando te veas rodeado de cabezas de ceporro con modales de palurdo.

Charles: Pero bueno, Carlton, ¿no has dicho que no sabes nada de ellos? ¿Por qué hablas de lo que no sabes?

Carlton: Bueno, tú piénsalo y hazte a la idea. Yo juz-

go por las cartas y alegatos que publican en la prensa.

Charles se quedó pensando un poco.

Charles: *Es verdad. Los Católicos Romanos hacen y dicen cosas que tampoco a mí me gustan; pero todo eso lo veo como una prueba y como una cruz, nada más. Para nada afecta la cuestión central.*

Carlton: Sólo que te sentirás como pez fuera del agua. Puedes encontrarte completamente solo; o arrinconado.

Charles: Bueno, no sé nada en concreto. Puede que tengas razón, pero, vamos, tampoco será tan así. En toda comunidad lo peor es lo primero que se ve. Que a mí no me guste la actuación pública de algunos católicos no tiene por qué ser criterio; es más, no *debe* ser el criterio del espíritu católico. Yo no juzgaría a la Iglesia Anglicana con Exeter Hall como referencia. Nosotros nos fijamos en lo de dentro de nuestra Iglesia y, en cambio, miramos el exterior de la de Roma. La comparación no es justa, no es juego limpio.

Carlton: Pero, fíjate en sus libros de devoción; ¡si eso no es inglés, escriben como mastuerzos!

Charles se sonrió. Moviendo la cabeza a un lado y otro le dijo: –escriben un inglés tan clásico, supongo, como el griego de San Juan.

Nuevo parón. Sólo se oyó durante un rato el borboteo del agua en la tetera.

No tenía sentido discutir; eso estaba claro desde el primer momento. Cada uno tenía su punto de vista y eso era todo, no había más. Charles se puso de pie.

Charles: Carlton, amigo, tenemos que separarnos ya. Son casi las once. Sacó del bolsillo un "Año Cristiano" de tamaño pequeño.

–Me has visto muchas veces con esto. Quédatelo. Para que te acuerdes de mí... No me verás más, pero así sabrás que yo no me olvidaré de ti, que te recordaré siempre.

Estaba muy afectado. En realidad, estaba a punto de derrumbarse.

–¡Dios mío, qué duro es dejaros, para ir con gente extraña! No es que yo lo quiera; pero no lo puedo evitar, siento la llamada, me obliga.

Volvió a pararse. Le caían las lágrimas por toda la cara.

–No pasa nada, estoy bien. Pero es muy duro cuando llega el momento y ves que no tienes a tu lado a nadie..., a casi nadie. *Te miran como a un mamarracho o un apestado, te lanzan frases que duelen como fustazos... y encima "¿no estoy haciendo lo que me da la gana?, ¿no es mi gusto?". Pues, venga...*

Se miraba las puntas de los dedos; empezó a frotarse lentamente las manos, susurrando:

–Tiene que ser así, "por las muchas tribulaciones al reino de Dios... sembrando con llanto, cosechando con júbilo..."

Se calló otra vez. Hasta que nuevos pensamientos afluyeron de nuevo.

–¡Qué miedo, qué miedo me da pensar que vosotros, los

que no dais el paso adelante, terminéis dando pasos atrás! No puedes quedarte donde estás; durante un tiempo creerás que sí, que sigues en el mismo sitio; entonces empezarás a estar en contra nuestra y todavía pensarás que conservas el mismo terreno porque empleas las mismas palabras. Pero lo que crees, tus convicciones, irán a menos. Cada vez te sentirás menos firme. Y al final te encontrarás que al discutir con protestantes estás ventilando sólo una cuestión de palabras. Nos llaman racionalistas; tú ten buen cuidado de no caer en el liberalismo. Y ahora, Carlton, amigo queridísimo, el único en Oxford que ha tenido paciencia conmigo y me ha querido de veras, adiós. ¡Ojalá nos encontremos de nuevo pronto y plenamente felices!

Se dieron un abrazo largo y muy apretado. Poco después Charles corría escaleras abajo.

(*Loss and Gain*, ídem, pp. 312-318)

Ed. Encuentro

17 ...Yo no veo..., una vez que la estructura dogmática se echa abajo, no veo cómo se puede poner en pie de nuevo. Creo que Carlyle dice algo parecido en "La Revolución Francesa"; que qué locura, los hombres destruyendo algo que no se puede reemplazar, algo que llevaría siglos rehacer; siglos y una difícilísima combinación de circunstancias favorables: ese algo es el conjunto de verdades reveladas en forma de credo. Yo no pretendo negar, por supuesto, que la Revelación sea algo objetivo, ni digo que la fe sea una especie de engaño que nos viene bien porque nos ahorra problemas y nos hace muy felices. Lo que digo es que la evidencia de la revelación se apoya en la probabilidad y no veo cómo se puede meter eso en una sociedad "civilizada", donde se han entronizado la razón y la dialéctica como criterios últimos de verdad. Muchos dirán "¡Ojalá hubiera sido educado católico!", pero no lo ha sido. Y entonces, por mucho que él se empeñe, no será capaz de creer, porque no tiene evidencias suficientes como para someter su razón. ¿Por qué va a creer?, ¿qué puede moverle a creer?

Su compañero de viaje había dado muestras de cierta impaciencia. En cuanto Charles dejó de hablar, respondió con mucha calma:

—¿Que qué le hará creer? La voluntad, su voluntad. Charles se quedó dudando un poco.

—Si hay suficiente evidencia para creer en el Evangelio, también la hay para creer en la Iglesia. Evidencia no falta, lo que pasa es que hay que hacérselo ver a la gente, hacérselo llegar a sus mentes. Si entonces tampoco creen, el error está en la voluntad.

—Pues me parece que entre los anglicanos cultos existe el sentimiento generalizado de que los dogmas de la Iglesia de Roma no tienen un apoyo suficientemente intelectual, que ese tipo de evidencias estaban bien para épocas menos adelantadas, menos cultivadas que esta. No me parece que el catolicismo vaya a crecer mucho ahora.

Su compañero se le quedó mirando con curiosidad y le dijo muy tranquilo:

—Pues hay que aceptarlo. Existen evidencias suficien-

tes para una convicción moral de que la Iglesia Católica o Romana, y no otra, es la voz de Dios.

Charles sentía un tambor en el corazón: O sea que, antes de convertirse, uno puede tener una convicción real, expectante, presente, de esa verdad, ¿no?

—No lo sé. Pero al menos sí puede tener ...certeza. Me explico: una convicción, y sólo una, firme, sin otra convicción que la contradiga o levante dudas razonables: una convicción que se le presenta a uno cuando piensa o está a solas, y que le da como fogonazos cuando está con otros, metido en el barullo; una convicción que le dice: "La Iglesia Católica Romana es la única voz de Dios, el único camino de salvación".

Batiéndole el corazón cada vez más fuerte, Charles: O sea que esa persona no tendría que esperar a ver más claro.

—Es que no verá más claro. Antes de convertirse, no puede ver más claro. La luz es como la recompensa de los que por un acto de la voluntad, por el dictado de la prudencia y de la razón, abrazan la verdad en ese punto en que la naturaleza se encoge como un cobarde, no llega. Hay que aventurarse. Antes de la conversión, la fe es una aventura; después es un don. Se acerca uno a la Iglesia por el camino de la razón, pero para entrar dentro hay que seguir la luz del Espíritu.

(*Loss and gain*, ídem, pp. 326-328)

Ed. Encuentro

18 Es, pues, evidente que a fines de 1835 o comienzos de 1836 yo tenía delante todo el estado de la cuestión de que, para mi espíritu, dependía la decisión entre las Iglesias. Cabe observar que la cuestión del puesto del Papa, como centro de unidad o como fuente de jurisdicción, no me pasó en absoluto por las mentes, y creo poder decir que me pasó hasta el fin. Dudo de que mientras estuve en la Iglesia anglicana tuviera ninguno de esos poderes como de "jure divino", no porque viera dificultad alguna en esa doctrina; no porque, en conexión con la historia de San León, de que hablaré más adelante, no atravesara mi espíritu, como la atravesó, sino porque, después de todo, la controversia no giraba sobre eso, sino en torno a la fe y a la Iglesia, tal fue mi conclusión desde el principio al fin. Había contrariedad entre las pretensiones de las confesiones romana y anglicana, y la historia de mi conversión es simplemente el proceso del trabajo para lograr una solución. En 1838 ilustraba yo esa contrariedad por el contraste que nos ofrece el cuadro de la Virgen y el Niño, y el Calvario. La peculiaridad de la teología anglicana era "suponer que la verdad es completamente objetiva y desprendida, no (como en la teología de Roma) escondida en el seno de la Iglesia, como si formara una unidad con ella, pegada a ella y, como quien dice, perdida en su abrazo. No, la verdad está sola e inaccesible, como en la cruz o en la resurrección, con la Iglesia cerca, pero solo en el fondo".

(*Apología pro vita sua*, pp.111-112)

Ed. BAC

19 ¡*Securus judicat orbis terrarum!* Por estas grandes palabras del antiguo Padre, que interpretan y resumen el largo y variado curso de la historia de la Iglesia, la teoría de la "vía media" quedaba completamente hecha polvo... Los cielos se habían abierto y cerrado de nuevo. El pensamiento, de momento, había sido: "Después de todo, la Iglesia de Roma puede tener razón", y luego se desvaneció...

Ahora voy a exponer la sucesión de pensamientos, las conclusiones y consiguientes cambios en mi creencia anterior y la conducta general a que me llevó esta súbita revelación. En primer lugar diré, pese a lo que pase al decirlo, pues dejo a los otros las deducciones, que *durante años hube de tener algo así como una idea habitual, si bien latente mi espíritu no había aún encontrado su descanso último y que, de una manera u otra, yo estaba de viaje.* Durante la misma travesía por el Mediterráneo en que escribí "Lead Kindly light", escribí también los versos incluidos en la "Lyra Apostolica" bajo el capítulo de "Providences", que comienzan: "When I Look back". Esto era en 1833; y después de comenzar esta narración he encontrado un memorial, con fecha de 7 de septiembre de 1829, en que hablo de mí mismo, como "ahora en mis habitaciones del colegio Oriel, avanzando poco a poco, etc., y guiado a ciegas por la mano de Dios, sin saber adónde me quiere llevar". Pero valga lo que valga este presentimiento, no me protegía contra el horror y malestar que sentía como consecuencia de la duda espantosa, cuya historia he relatado. *La cuestión única era: ¿Qué tengo que hacer? Tenía que tomar mi resolución por mí mismo, y nadie me podía ayudar. Así que decidí guiarme por mi razón, y no por mi imaginación. Y así lo dije una y otra vez los años siguientes en mis conversaciones y en mis cartas privadas. De no haber sido por esta severa resolución, yo me hubiera hecho católico antes. Además, meditando sobre el caso, yo sentía, por otra parte, duda efectiva de si la sugestión no vendría de abajo. Luego me dije que sólo el tiempo podía resolver esta cuestión. Mi deber era proseguir como de costumbre, obedecer a aquellas convicciones a que me había entregado por tanto tiempo, que todavía eran dueñas de mí y sobre las que mis nuevos pensamientos no tenían acción directa. Esta nueva concepción de la cosas sólo influirían sobre mí en la medida que tuvieran título lógico para ello. Si venía de arriba, volvería otra vez, así lo esperaba, y volvería con perfiles más definidos, con mayor fuerza y consistencia de prueba. Pensaba en Samuel "antes de conocer la palabra del Señor", y así me fui a dormir de nuevo. Tal era mi ancha visión del asunto y mi conclusión "prima facie".*

(*Apología pro vita sua*, pp. 117-120)
Ed. BAC

20 Me molestaba enormemente toda intervención en los asuntos de Oxford por parte de católicos caritativos y todo invento de hacerme bien a mí personalmente. Realmente, nada había por este tiempo más a propósito para repelerme. "¿A qué os entrometéis?

¿por qué no me podéis dejar a solas? Ningún bien me podéis hacer; no sabéis una palabra sobre mí. Me podéis hacer verdadero daño; estoy en mejores manos que la vuestras. Conozco la sinceridad de mi propósito y estoy resuelto a no perder tiempo". Hecho católico, *ha habido quienes me han acusado de repugnancia en hacer convertidos, y los protestantes han deducido que no tenía grandes ganas de hacerlo. Obrar de otro modo hubiera sido contra mi naturaleza; pero hubiera sido, además, olvidar las lecciones de mi propia experiencia en mi historia pasada.*

(*Apología pro vita sua*, pp. 125-126)
Ed. BAC

21 ...El que nos ha creado ha querido que, en matemáticas, lleguemos a la cereza por medio de rigurosa demostración; pero en la indagación religiosa hemos de llegar a la certeza por medio de probabilidades acumuladas... en mi camino hacia la Iglesia de Roma, no procedía por motivos secundarios y aislados de razón, o por puntos controversiales de detalle, sino que, aún en el uso de estos argumentos secundarios o particulares, estaba protegido y justificado por un grande y amplio principio... Por una parte llegué a ver paso a paso que la Iglesia anglicana estaba formalmente en el error, y la Iglesia de Roma formalmente en la verdad; no había pues, razones válidas para continuar en la Iglesia Anglicana, ni objeciones válidas para no pasar a la romana. Nada tenía ya que aprender. *Lo que aún faltaba para mi conversión no era ya cambiar de opinión, sino transformar la opinión misma en la claridad y firmeza de una convicción intelectual.*

(*Apología pro vita sua*, pp. 199-200)
Ed. BAC

22 Desde el momento que me hice católico, no tengo, naturalmente, más historia de mis ideas religiosas que relatar. Al decir esto no quiero decir que mi entendimiento ha permanecido ocioso, o que haya dejado de pensar en temas teológicos, sino que no tengo variaciones que anotar ni he tenido angustia alguna de corazón. He estado en perfecta paz y contento, nunca he tenido una duda. *Al convertirme, no me he dado cuenta de cambio alguno, intelectual o moral, operado en mi espíritu. No he tenido conciencia de fe más firme en la verdades fundamentales de la revelación, ni de más dominio de mí mismo. Tampoco he sentido más fervor. Fue como un llegar a puerto tras una borrasca, y mi felicidad, que entonces sentí, permanece sin interrupción hasta el presente.*

Tampoco me ha supuesto turbación alguna la aceptación de los artículos adicionales que no se encuentran en el credo anglicano. Algunos los creía ya, pero ninguno de ellos ha sido para mí una prueba. Al ser recibido en la Iglesia Católica hice profesión de ellos con la mayor facilidad, y lo mismo siento al creerlos ahora.

(*Apología pro vita sua*, pp. 238)
Ed. BAC

(Como contribución al Año Internacional de la Mujer)

Algunas conversas de Newman

por Joyce Sugg (*)

(Traducción de Inés de Cassagne)

Decía Newman acerca del Movimiento de Oxford entre los años 1833 y 1841: "prosperamos y nos extendemos". El Movimiento se extendía tanto a hombres como a muchas mujeres, si bien ellas no tomaban parte en su conducción. Algunas se hacían tractarianas porque sus maridos eran del Movimiento, como Elizabet Bowden, la esposa del gran amigo de Newman, John William Bowden; y Mary Pusey, que ha sido descripta como la primera esposa que se desempeñase como una confiable asistente de investigación de un profesor inglés, mujer que cuando se casó mostraba poco interés en la religión, pero que se consagró a ella al final de su corta vida. Otras desafiaron a sus familias para unirse al Movimiento, como María Rosina Giberne, cuya familia era decididamente "evangélica". Una de las conversas, Emily Bowles, ha dejado un informe sobre la evolución de sus opiniones religiosas que muestra la seriedad de sus investigaciones y de su compromiso. Hondamente influida por los poemas de Newman en la *Lyra Apostolica*, quedó deslumbrada y tocada al ver y oír al escritor en un servicio religioso en Littlemore al que fuera con su madre. Después del servicio, fue servido el almuerzo en el "monasterio" y la joven Miss Bowles estaba tan turbada que no pudo contestar cuando Newman se inclinó y le dijo estas místicas palabras "¿Quiere un poco de pollo?".

Este pequeño incidente ilustra la veneración que Newman despertaba con frecuencia entre las damas tractarianas, una veneración que él trató de evitar. Sería fácil ver una posterior conversión a la Iglesia de Roma —lo que de hecho sucedió con muchas de estas discípulas— como

el resultado de su extrema dependencia intelectual y emocional respecto de él. Sin embargo, las que más lo admiraron demostraron claramente su sinceridad. Miss Bowles entró a la Iglesia Católica antes que él; y lo mismo Mary Holmes, inteligente maestra, conocida por su incansable pasar de puesto en puesto y por su clara e incómoda admiración por Mr. Newman (al punto que le dijese éste "No soy venerable y nadie puede hacer que lo sea"). Miss Giberne, amiga de toda la familia Newman e incansablemente fiel a John Henry desde el principio, es más sospechosa: era inevitable quizás que lo siguiera en su camino a Roma. Sin embargo, en fecha posterior se hizo monja en un convento de Francia, sabiendo que probablemente no lo iba a ver nunca más. En documentos tales como el relato de Miss Bowles o las cartas de Miss Holmes se puede trazar el proceso de la evolución: primero hacia maneras católicas de pensamiento y devoción, y después hacia la creencia en la autoridad de la Iglesia Católica Romana. También hay un evidente crecimiento moral: Miss Giberne tenía un ímpetu fuera de lo común, demostrada cuando fue a Italia para juntar el testimonio de mujeres para el juicio de Achilli, y en su vida posterior desarrolló por necesidad un desasimiento que no le era connatural.

Cuando se estableció como sacerdote católico en el Oratorio, Newman tuvo muchos contactos con conversas: viejas amigas como las tres mencionadas, algunas conocidas en su época anglicana, otras que conoció después. ¿Qué significa entonces hablar como lo hacemos de "conversas de Newman"? A algunas mujeres, por cierto, las recibió él en la Iglesia Católica. Pero de hecho muchas más fueron las recibidas por otros sacerdotes, con frecuencia por un jesuita de Londres, el P. Brownbill, un hombre sereno descripto por varias damas como un caballero granjero, poseedor de grandes orejas coloradas. Newman fue más importante como un consejero, singularmente sensible, que actuaba habitualmente escribiendo cartas. No debe pensarse que las llevaba en brazos por medio de las cartas. Más bien él era un hombre con la pluma siempre en la mano (¿acaso no rezaba componiendo y escribiendo oraciones y meditaciones?) y se tomaba todo el trabajo necesario para asesorar personalmente las particulares necesidades de quien le preguntaba, o de un

(*) Joyce Sugg (Master of Arts de Oxford y Master of Arts de Birmingham) es una conversa, como Newman, y su interés por él es de larga data. Ha publicado una biografía breve de Newman, una antología de sus cartas, ensayos y artículos. La ponencia que aquí damos a conocer constituye un resumido anticipo de su libro sobre las amigas de Newman, que saldrá el año próximo en Inglaterra bajo el título de *Ever yours affly*. Fue leída durante el Congreso Internacional Newman y la conversión, que tuvo lugar del 6 al 12 de agosto de este año en Oriel College, Oxford. La autora tuvo la amabilidad de entregarnos el texto a nuestro pedido, por lo que le reiteramos nuestro agradecimiento.

amigo en crisis. Con algunas mujeres mantuvo una amistad muy cercana. Así fue con Miss Bowles y, puesto que ella siguió poniéndolo en un especial pedestal sacerdotal, consideró esto, de su parte, como una cierta reciprocidad: de hecho, sin ella no puede existir una real amistad. Miss Bowles había sufrido frustraciones y decepciones: había tenido disputas con la Madre Cornelia Connolly, en cuya nueva congregación entrara, y el consejo de Newman fue que abandonase esa Sociedad del Santo Niño Jesús. Ella se había ganado un rol directivo en su vida de hermana en dicha congregación activa de educadoras, y, después que dejó el convento, su inteligencia y energía considerables no fueron totalmente empleadas, por más que llevó una vida útil visitando a los pobres y escribiendo libros. Trató de influir en materias de Iglesia a través de Newman, urgiéndolo a utilizar su poderosa influencia con mayor libertad. La respuesta de Newman fue franca: le explicaba las obligaciones que sobre él pesaban, puestas por la autoridad; y así, gracias a que Miss Bowles lo urgía, tenemos algunas cartas importantes que nos muestran su mente, sus frustraciones y el tono eclesiástico de la época. Tal es la carta (bajo rúbrica de "muy privada") que le escribió en mayo de 1863 (LD Vol. XX, p.445-448), informándola acerca de las cadenas que lo ataban y le eran impuestas por autoridades eclesiásticas.

Los conversos y los que encaraban un cambio de religión parecen haber dado por descontado que Newman estaba siempre a su disposición, listo para recibir cartas, explicar puntos doctrinales, dar consejo y apoyo. Así pues, además de las allegadas, hubo un extenso círculo de mujeres que le escribían, a veces para pedirle ayuda, a veces para contarle que lo que más les había influido habían sido sus ejemplo y sus libros. El espectro de sus conocidas era amplio: a él recurrían damas con título como también una pobre costurera de Scaborough. Jane Todd, quien le demostraba su gratitud cosiendo y proveyéndolo de ropa interior. Newman expuso la doctrina a mujeres formadas e inteligentes, y tuvo muchas seguidoras entre las jovencitas, hijas de conversas que a su vez querían convertirse, quienes le escribían cartas ingenuas, y le hacían tortas o estuches para plumas.

Algunas de esas conversas tuvieron que luchar mucho antes de poder pedir ser recibidas en la Iglesia Católica, y es instructivo observar con exactitud cuáles fueron sus dificultades. Muchas de ellas se veían retenidas por los lazos de familia, en una época en que una mujer dependía mucho de su marido, sus padres u otros parientes. Elizabeth Bowden, por ejemplo: precozmente viuda, era financieramente independiente, pero constreñida en sus actividades por su cuñado, Henry Bowden. La situación muestra cierta ambivalencia: le resultaba bien este tipo de soporte, pero indudablemente, cuando pensaba hacerse católica, fue hostilizada por Henry Bowden, quien le daba clase y le prescribió un curso de apologética anglicana. Era él un militar que sentaba sus opiniones con la claridad de un soldado. Por fin, no sólo se convirtió ella, con sus cuatro hijos, sino también él. Un caso interesante de familia atrapada por diferencias religiosas y dudas fue la de William Froude, el hermano menor de Hurrell. Casa-



Iglesia anglicana de Littlemore que Newman construyó allí mientras era vicario de Oxford y tenía a su cargo el cuidado pastoral de esa pequeña población

do con una mujer inteligente y sensible, Catherine Holdsworth, eran ambos amigos íntimos de Newman y le escribían regularmente. Hubo un momento en que Newman estuvo convencido de que los dos se harían católicos, pero William, ingeniero naval y ferroviario y arquitecto de nota, permaneció firme en su agnosticismo. En cambio, sus mujer se convirtió, al igual que sus hijos, excepto una hija que, para gran dolor de su madre, murió de tuberculosis a los dieciséis años sin haber llegado a la Iglesia Católica. La señora Froude comprendía las dificultades de su marido, jefe de una gran familia que tenía opiniones distintas a la suya: tuvo que soportar, por ejemplo, el problema de asegurarle una carrera universitaria a su católico hijo mayor, y el tiempo en que otro hijo pensaba hacerse sacerdote. Por su parte, William Froude era extraordinariamente tolerante. Eran una pareja notable, cuya honestidad de conciencia les permitió vivir sin división ni rencor.

Como muchas conversas, Mrs. Froude había dedicado mucho tiempo a leer libros, estudiar, orar y vacilar antes de llegar a aceptar la Iglesia Católica. Estas mujeres te-

nían dificultades doctrinales, pero su mayor fuente de inquietud provenía de las devociones católicas: Retrocedían ante las floridas plegarias marianas usadas por los católicos italianos y franceses y las turbaba la atmósfera nada inglesa que las rodeaba cuando visitaban iglesias en el extranjero. Esto no era un asunto fútil –y si hubieran sido influidas por el tractarianismo hubieran sabido que las posiciones doctrinales no pueden separarse de la práctica devocional. La conversión no consiste en dar simplemente un asentimiento intelectual. Newman les proponía usar sólidos libros católicos de piedad, como el *Jardín del alma*, les pedía que aprendieran a rezar el rosario, y apartarse de aquellas formas foráneas de devoción que encontrarán chocantes. A una dama le escribía: “No veo que haya que forzarse uno a usar manuales de ejercicios que no le sean afines”. Así y todo, le prevenía a Mrs. Froude que el catolicismo podría no resultarle una religión afín o connatural “pues Ud ha sido educada en otra forma desde su juventud”.

Hubo una conversa a quien le sucedió volver a extrañar la religión de su juventud: lady Georgiana Chatterton. Era una viuda que mantuvo el apellido de su primer marido al contraer segundas nupcias con Edward Heneage Dering. En 1865, ambos fueron recibidos por Newman en la Iglesia Católica, junto con una sobrina, ya grande, de lady Georgiana. Después se fueron a vivir a una antigua mansión de campo, en Warwickshire, con un amigo de Dering, Marmion Ferrers, que se casó con la sobrina. Formaban un cuarteto muy consciente de su religión y algo excéntrico pues adoptaron viejas costumbres y una manera de vestir antigua. Dering y su esposa escribían y publicaban libros y las dos mujeres pintaban. Los Ferrers eran una familia católica de larga data, y uno de los problemas de lady Georgiana fue justamente la importancia que se le daba al concepto de familia en esa vieja casa, donde había escondites para sacerdotes que databan de la época Isabelina, junto con escudos y trofeos que testimoniaban el orgullo de ser una familia con una larga historia de “recusantes” (1). Lady Georgiana, consciente de su propia tradición familiar –su padre anglicano tenía prebendas en Winchester–, se preguntaba si no había traicionado a sus antepasados. Parecía que estos escrúpulos no la afectaban, pero acabó reconciliándose con su primera Iglesia un año antes de su muerte, sobre todo por las cartas que pacientemente le enviara el obispo Ullathorne.

(1) “Recusants” eran llamados quienes, en el siglo XVI, se negaban a aceptar la religión anglicana, impuesta por el Estado, y querían mantenerse en su fe católica. Para evitar la persecución de que eran objeto, sobre todo bajo el reinado de Isabel I, estas familias se retiraban al campo, donde educaban a sus hijos y luego los enviaban al continente para completar sus estudios, y en muchos casos, ordenarse sacerdotes. Éstos volvían clandestinamente a Inglaterra, para administrar los sacramentos y demás servicios sacerdotales. Estas familias conservaron hasta el siglo XIX los viejos usos de la Iglesia Católica, anteriores a los del Concilio de Trento, que en ese siglo XIX se introdujeron en Inglaterra después de la ley que permitió el culto católico.

Ella y muchas conversas sufrieron el sacudón de la definición de la infalibilidad papal, promulgado por el Primer Concilio Vaticano. A sus dudas y temores contribuyó la campaña que hacían los ultramontanos exagerando las propuestas del Concilio. Abundan las cartas dirigidas entonces a Newman, tanto por sus viejas amigas como por damas que nunca le habían escrito antes. Podemos calibrar la magnitud del vuelco por el hecho de que la piadosa Emily Bowles le declaró a Newman que dejaría la Iglesia. Éste le replicó con toda calma que ella no haría tal cosa y que si se llegaba a promulgar el dogma de la infalibilidad (se lo estaba discutiendo en 1869) ella descubriría que no le significaba la menor diferencia.

En efecto, Miss Bowles continuó en su línea, luchando por mantenerse en la ortodoxia, orando y trabajando. Esta fue, por cierto, la meta de todas las conversas, y constituye uno de los aspectos más interesantes de la historia eclesial de la pasada centuria: cómo conducían estas mujeres sus vidas católicas. Este asunto podría resumirse diciendo que eran industriosas y que cumplían con todo celo lo que emprendían y se proponían porque apenas se iniciaba entonces el movimiento de emancipación de las mujeres y que no era un movimiento que contara con mucho apoyo ni entre la clerecía católica ni entre las mismas conversas.

Muchas de ellas sólo se consagraban a ser esposas y madres cristianas. Newman nunca subestimó la importancia de la mujer en esta esfera: debe haber sido uno de los pocos educadores de su tiempo que fundara una escuela para muchachos teniendo muy en cuenta las opiniones de sus madres. Estableció matronas o “Damas”, y la Dama principal fue Frances Wootton, viuda y conversa con la que tenía amistad desde la época en que ambos eran anglicanos. Valoraba mucho sus opiniones y la crianza de sus hijos, y creía que sin las matronas no conseguiría en su escuela un tono católico.

Las mujeres solteras, que constituían una alta proporción en buena parte del siglo, realmente obtuvieron una nueva posibilidad al consagrar sus vidas en las congregaciones activas de hermanas que estaban proliferando tanto en Inglaterra como en el continente. También hubo hermandades anglicanas. Una conversa, Lavinia Wilson, dio el difícil paso desde un convento anglicano a la Iglesia Católica y entonces entró en otro convento. Newman la trató con gran ternura.

Newman ayudó a varias conversas en búsqueda de vida religiosa. Sophy Ryder, que se hizo monja del Buen Pastor, le había pedido dedicarse a las que los que los victorianos llamaban “mujeres caídas” y entró en dicha congregación tras haber obtenido su aprobación. En cuanto a la hija mayor de Elizabeth Bowden, Marianne, a él le hubiera encantado que eligiese una congregación activa, mas ella deseaba la vida contemplativa y entró en la Visitación de Westbury.

Newman estuvo en contacto con varias mujeres que fundaron congregaciones, en especial con la Madre Margaret Hallahan, que emprendió la comunidad de Dominicas, cuya casa madre se halla en Stone, Staffordshire. No era ella una conversa, pero su nueva comunidad se

fortaleció mucho por el influjo de jóvenes conversas, muchas de las cuales eran amigas de Newman. La Madre Margaret era una mujer notable, plena de fortaleza y santidad, pero de poca instrucción. Decía en los primeros tiempos que necesitaba postulantes que pudiesen ayudarla con el latín y el canto para el oficio y el coro, y también necesitaba mujeres capaces de organizar la enseñanza y las tareas de traducir textos latinos para que su regla pudiese ser estructurada y aprobada. Su mejor ayuda fue la hermana Mary Imelda Poole (Minnie Ruscom be Poole), hija de un procurador de Bridgewater que fuera ardiente tractariano. Newman la cita en la Apología, describiéndola como una "dama dotada y muy seria" que le había escrito en el tiempo que precedió a su conversión.

Otra fundadora fue Fanny Margaret Taylor. Siendo anglicana había viajado con las enfermeras de Florence Nightingale a Crimea, donde vio y admiró la piedad de las monjas católicas y de los soldados irlandeses, y se convirtió al catolicismo. Se escribió con Newman mientras se dedicaba al periodismo religioso y publicaba *El mes antes de que lo tomaran los jesuitas*. Posteriormente fundó las Pobres Servidoras de la Madre de Dios, congregación que trabajaba con los pobres.

Newman tuvo mucho que ver con la vocación religiosa de Catherine Bathurst, quien se convirtió en 1850 y trabajó para los Oratorianos emprendiendo una escuela de niñas y un orfanato. Era una mujer muy competente pero interiormente nerviosa y escrupulosa. Newman la animó durante años, con paciencia y firmeza, y una vez le llegó a decir que se comiese sus escrúpulos con el pan y la manteca del desayuno. Por fin ella fundó otra comunidad de Dominicas con una escuela de niñas en Harrow.

Pero no fue ella la única mujer que le ayudara en el Oratorio con el trabajo parroquial, si bien parece haber sido la más eficaz. Muchas mujeres formaron asociaciones pías o trabajaron individualmente ayudando a las familias pobres, a los huérfanos, y a las muchachas pobres, a quienes entrenaban y colocaban como sirvientas en casas de familia. Recolectaban fondos, enseñaban, confortaban y animaban a los recalcitrantes. En tanto Mrs Bowden actuaba como una especie de madre del Oratorio de Londres, juntando grupos de mujeres para ordenar la casa y proveyendo comida y bebida a los sacerdotes, por su parte Miss Bowles visitaba los barrios pobres londinenses con tanta asiduidad que una vez Newman le envió dinero, no para sus obras caritativas, sino para sus caritativas botas y paraguas. Las mujeres dieron considerables sumas de dinero para iglesias, equipos de parroquias y conventos —y esto en un tiempo en que muchas no eran dueñas de sus finanzas, ya que recién en 1890 se promulgó la Ley de propiedad de la mujer casada. Mrs Bowden, viuda desahogada, hizo construir una iglesia en Fulham. Pugin, que la proyectó, insistió en hacer un tabique entre el santuario y la nave que, para su gran disgusto, ella hizo derribar después. Lady Olivia Acheson era una joven conversa de fortuna que se empeñó en ayudar en la parroquia del Oratorio de Birmingham hasta que decayó su salud; murió de tuberculosis dejando a los oratorianos un importante legado. Otra aristócrata conversa, lady

Georgiana Fullerton, que no era conversa de Newman pero sí corresponsal suya, gastó mucho tiempo, energía y dinero para los pobres de Londres mientras su marido dirigía la parte comercial de sus numerosos emprendimientos.

Lady Georgiana constituye el ejemplo más notable, entre las católicas, de un fenómeno de la Inglaterra victoriana: el de mujeres apasionadas por escribir novelas con intención de instruir y convertir. La más conocida en este género es una protegida de Keble, Charlotte Mary Yonge. Pero también las católicas, especialmente las conversas, fueron prolíficas y ardorosas escritoras, y al parecer no les costó encontrar editores pues había un público ávido de tales historias. Emily Bowles publicó tanto novelas como poemas y textos escolares. También escribió novelas una conversa angloirlandesa, Geraldine Fitzgerald; Fanny Taylor escribió novelas y un relato de sus experiencias en Crimea y asimismo editaba dos diarios religiosos. Algunas damas, que no tenían talento para crear personajes y tramas, escribieron vidas de santos o tradujeron obras religiosas del francés o italiano. Una de las escritoras más prolíficas fue lady Georgiana Chatterton, y por cierto más exitosa que su marido, Edward Dering, quien también publicaba. Se diría que casi todas las señoras piadosas hicieron ensayos de este tipo. Trató de hacerlo Miss Holmes, la maestra, pero fracasó; y Miss Giberne escribió en su época tractariana una piadosa historia para niños que no resultó, por lo que se dedicó a la pintura, para la cual tenía talento. Newman, que también escribió historias, animaba a escribir a las conversas. No sólo leía los libros que les mandaban sino también les hacía con frecuencia detalladas críticas, urgiendo a las autoras para que se concentrasen más en la presentación y acción de los personajes que en las exhortaciones interpoladas. Miss Bowles opinaba que uno de sus actos más amables era éste: escribirle extensamente sobre uno de sus libros estando él como estaba tan cansado y recargado.

Escribir era algo que se podía hacer en casa, por lo que resultaba una actividad aceptable para las mujeres instruidas. Y la cantidad de libros que pergeñaron esas mujeres atestigua su celo y laboriosidad, y a la vez nos revela las fuerzas que obraban entonces. Asimismo nos muestra qué limitado era entonces el espacio reservado para una mujer. Hay un marcado contraste con la situación recientemente descrita por el Papa; al animar a las mujeres al trabajo, se dirige a ellas con estas palabras: "estáis presentes y activas en todas las áreas de la vida social, económica, cultural, artística y política". Esto es precisamente lo que no ocurría con las mujeres victorianas, y ni Newman ni sus conversas pudieron ver la cabal implicancia de la teoría newmaniana: que la Iglesia necesitaba un laicado activo y bien formado.

Lo que esas mujeres solo pudieron ver claramente fue que era una bendición el haberles tocado un sabio y santo amigo y consejero. Newman fue para ellas lo que Walter Mayers había sido para él en su adolescencia, "el instrumento humano del comienzo de la divina fe", o bien el que ayudó a que esta fe se arraigase y creciese.

“ Antes de convertirse, (la persona) no puede ver más claro. La luz es como la recompensa de los que, por un acto de la voluntad, por el dictado de la prudencia y de la razón, abrazan la verdad en ese punto en que la naturaleza se encoge como un cobarde, no llega. Hay que aventurarse. Antes de la conversión, la fe es una aventura; después es un don. Se acerca uno a la Iglesia por el camino de la razón, pero para entrar hay que seguir la luz del Espíritu”. ”

(Loss and Gain, versión castellana, pp. 328)